

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

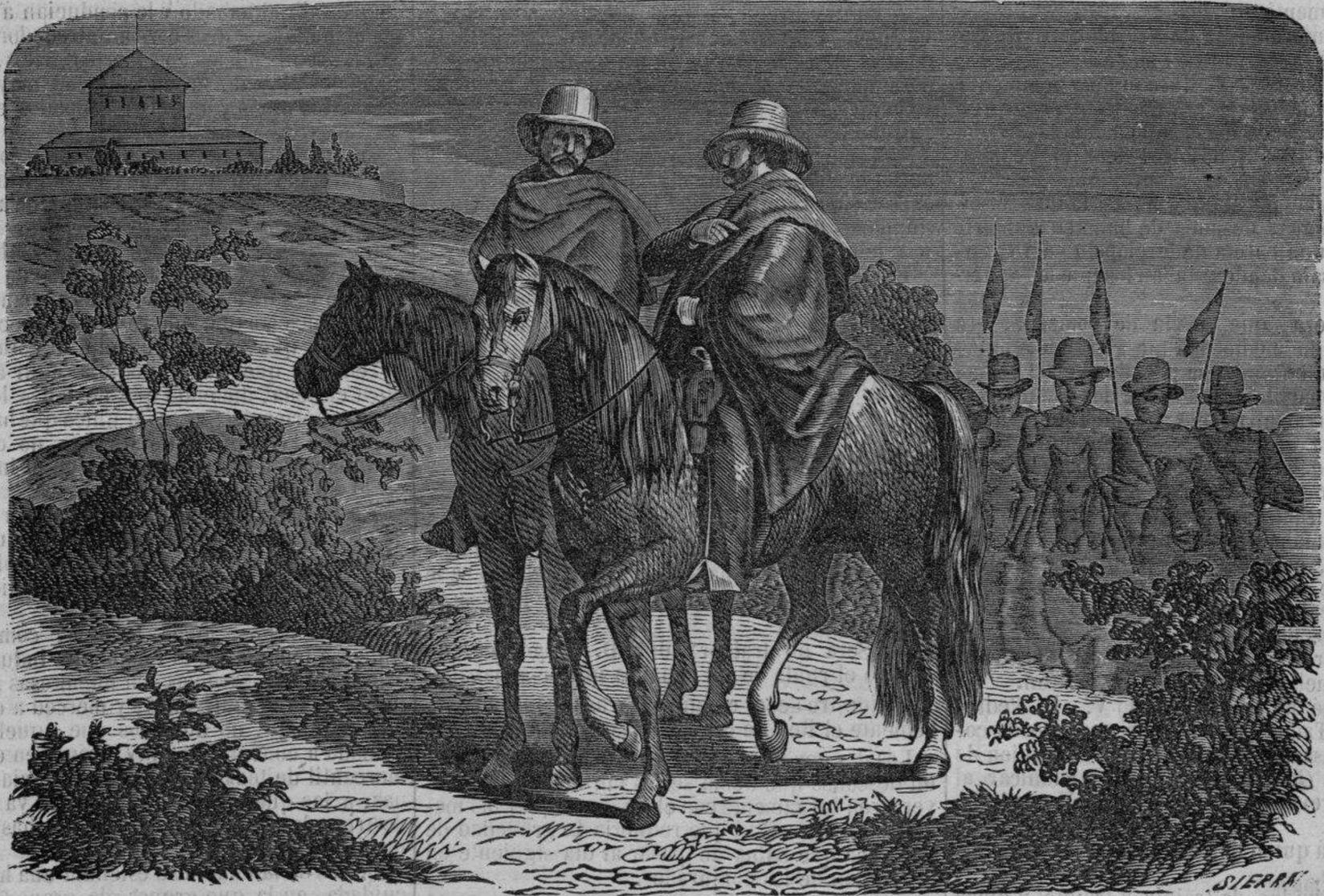
PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Balliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 »
Un año. 38 »

Sres. Suscritores, cuyo abono concluye en 30 de Junio, se servirán renovar oportunamente su suscripcion, para que no sufran retraso en el recibo del SEMANARIO.



Aquella habitacion se llamaba la Quinta verde, (Pág. 388, columna 4.ª).

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.—Véase el n.º 24).

—No lo dudo. Solo que no se equivoquen VV. acerca del sentido de mis palabras: la vida que vivo en este momento está llena de peligros.

—En efecto, dijo Valentin; pero la escena á que hemos asistido, y cuyo desenlace hemos presenciado; quizás, algo bruscamente, nos indica que la existencia de V. no es de las mas pacíficas.

—Lo que VV. han visto, nada es todavía. ¿A quién conocen VV. en este país?

—A nadie.

—¿Segun eso, no tienen VV. opiniones políticas?

—Bajo el punto de vista chileno, ninguna.

—¡Bravo! exclamó D. Gregorio con vehemencia. Venga esa mano. Estaremos unidos por la vida y hasta la muerte.

—Está dicho, repuso Valentin riendo. Y si conspira V.....

—¿Qué?..... preguntó el chileno fijando en él una mirada interrogadora.

—Conspiraremos con V. Es cosa convenida.

Los tres hombres cambiaron un cordial apretón de manos.

D. Gregorio hizo entonces que el mayoral los condujese á un cuarto, donde estaba todo dispuesto para recibirlos.

—Buenas noches y hasta mañana, les dijo al separarse de ellos.

—¡Ah, ah! dijo Valentin restregándose las manos, esto se va complicando de una manera notable. Creo que aquí nos divertiremos.

—Si, contestó Luis con cierta inquietud; pero conspirar.....

—¿Y qué? contestó Valentin, te asusta eso?

Créeme, querido amigo, es la mejor pesca la que se hace en agua turbia.

—Entonces, repuso Luis riendo, si mis presentimientos son exactos, la nuestra será milagrosa.

—Así lo espero, dijo Valentin dando las buenas noches al mayoral, que se retiró despues de haberles hecho un profundo saludo.

El cuarto en que se hallaban los jóvenes, estaba blanqueado con cal y desprovisto de muebles, excepto dos catres de roble guarnecidos de cuero, que servian de cama, una mesa maciza con piés torneados, y cuatro sillas cubiertas de cuero.

En un ángulo de la pieza, una vela pequeña de cera ardía delante de una estampa toscamente iluminada, que tenia la pretension de reproducir las facciones de la Virgen.

Era lo mas estrictamente necesario, reducido á su mas sencilla expresion.

—¡Eh! dijo Luis dirigiendo una mirada en torno suyo, me parece que los chilenos no han de ser muy fuertes en materia de lujo.

—¡Bah! contestó Valentin, tenemos lo que necesitamos. En todas partes se duerme bien cuando uno está cansado. Este cuarto vale mas que el vivac que nos amenazaba.

—¡Tienes razon! Acostémonos, puesto que no sabemos lo que nos reservará el día de mañana.

Un cuarto de hora despues, ambos jóvenes dormían profundamente.

Al mismo tiempo que los franceses desaparecian en el interior de la casa siguiendo al mayoral, D. Tadeo salia por otra puerta.

—¿Qué tal? le preguntó D. Gregorio.

—Está descansando; su terror se ha calmado, contestó D. Tadeo. La alegría que ha sentido al conocerme, cuando me creía muerto, la ha producido una crisis saludable.

—Me alegro mucho. Segun eso, ¿por ahí podemos estar tranquilos?

—Completamente.

—¿Se siente V. bastante firme para asistir á una entrevista importante?

—¿Es necesario que yo me halle presente?

—Desearia que oyese V. las comunicaciones que uno de nuestros emisarios va á hacernos dentro de un momento.

—Es una imprudencia de V., observó D. Tadeo, recibir á tal hombre en su casa.

—¡Oh! nada tema V. Hace mucho tiempo que le conozco; además ignora donde se encuentra. Ha sido traído, con los ojos vendados, por dos hermanos nuestros, y nosotros estaremos enmascarados.

—Vamos allá, puesto que V. así lo quiere.

Los dos amigos, despues de haberse cubierto el rostro con una careta de terciopelo negro, entraron en la sala donde estaban los que les aguardaban.

Aquella pieza, que servia de comedor, era chica y tenia en medio una mesa grande. Hallabase débilmente iluminada por dos velas delgadas de sebo amarillo. puestas en dos candeleros, y que solo derramaban un resplandor dudoso, insuficiente para distinguir perfectamente los objetos que quedaban así en una semi-oscuridad.

Tres hombres cubiertos con ponchos de variados colores y sombreros de anchas alas echados á los ojos, fumaban indolentemente sus cigarrillos de papel, calentándose en torno de un brasero de cobre, colocado en medio de la sala, y en el cual acababan de consumirse lentamente algunos huesos de aceituna.

Cuando entraron los dos jefes de los Corazones sombríos, aquellos hombres se levantaron.

—¿Por qué no ha aguardado V., D. Pedro, preguntó D. Tadeo, que á la primera ojeada conoció al emisario, á que llegase la reunion de mañana en la *Quinta Verde*, para comunicar al consejo las revelaciones que tiene V. que hacerle?

El hombre á quien llamaban Pedro, saludó respetuosamente.

Era un individuo de treinta á treinta y cinco años, de estatura elevada. Su cara, de forma de hoja de cuchillo, tenia una espresion cautelosa y picaresca.

—Lo que tengo que decir, solo se refiere indirectamente á los *Corazones sombríos*..... contestó.

—Entonces, ¿qué nos importa? dijo D. Gregorio interrumpiéndole.

—Pero interesa mucho á los jefes, y en particular al Rey de las tinieblas.

—Pues esplíquese V., porque ahora se halla presente, repuso D. Tadeo dando un paso hácia adelante.

D. Pedro le dirigió á hurtadillas una mirada que pareció que queria penetrar la tela de la careta.

—Seré breve en lo que voy á decir, replicó, y dejo á V. árbitro para juzgar su importancia. El general D. Pancho Bustamante asistirá mañana á la reunion.

—¡Está V. seguro de ello! exclamaron los conspiradores con una sonrisa que tenia mucho de incredulidad.

—Yo soy quien le ha decidido á hacerlo.

—¿Usted?

—¡Yo!

—¡Ignora V., exclamó D. Tadeo con violencia,

la manera en que castigamos á los traidores!

—Yo no soy un traidor, puesto que, por el contrario, entrego á VV. á su enemigo mas implacable.

D. Tadeo le dirigió una mirada sospechosa.

—Segun eso, el general ignora.....

—Todo, dijo D. Pedro.

—¿Con qué objeto intenta introducirse en medio de nosotros?

—¿No lo adivina V.? Con el de sorprender su secreto.

—Pero aventura su cabeza.....

—¿Por qué? Todo adepto debe ser presentado por un afiliado, que sea únicamente el que le conozca..... Nadie ha de ver su rostro..... Pues bien, yo le presento, añadió con una sonrisa de singular espresion.

—Es muy justo. Pero ¿y si sospecha la traicion de V.?

—Sufriré las consecuencias. ¡Pero no lo sospechará!

—¿Por qué? preguntó D. Gregorio.

—Porque hace diez años que el general se sirve de mi, contestó el espía con cínica sonrisa, y de diez años á esta parte no ha tenido motivos para quejarse de los servicios que le he prestado.

Hubo un momento de silencio.

—Tome V., dijo D. Gregorio despues de una pausa bastante prolongada. Esta vez no son diez onzas, sino veinte las que ha ganado V. Continúe siéndonos fiel.

Y le puso en la mano un bolsillo pesado.

El espía le cogió con un ademan de codicia y le hizo desaparecer con presteza bajo su poncho.

—No tendrán VV. que dirigirme reconvencion alguna, contestó inclinándose.

—Así lo deseo, dijo D. Tadeo reprimiendo con sumo trabajo un gesto de repugnancia. Acuérdesse V. que no tendremos compasion.

—Lo sé.

—Adios.

—Hasta mañana.

Los hombres que le habian conducido, y que durante aquella conversacion habian permanecido inmóviles, á una señal de D. Gregorio se le acercaron, le vendaron de nuevo los ojos y se le llevaron.

—¿Será un traidor? dijo D. Gregorio escuchando el ruido de los caballos que se alejaban.

—Nuestro deber es suponerlo así, contestó gravemente el Rey de las tinieblas.

Los dos conspiradores, en vez de entregarse á un descanso que debia serles tan necesario, conversaron largamente con el fin de adoptar las medidas de seguridad que requeria la gravedad de la escena que habia de pasar al día siguiente en la reunion de los conjurados.

Entre tanto, D. Pedro habia sido conducido á galope hasta Santiago.

Cuando hubieron llegado á una de las puertas, sus guías le dejaron y desaparecieron cada uno de ellos por un lado opuesto.

Tan luego como el espía se quedó solo, se quitó el pañuelo que le cubria los ojos.

—¡Vamos! dijo con una sonrisa siniestra, haciendo saltar en su mano el bolsillo que le habia dado D. Gregorio, es bonita cantidad: ¡veinte onzas de oro! Verémos si el general Bustamante es tan generoso como sus enemigos. Las noticias que le llevo son muy importantes para él; tratemos de hacer que las pague caras.

Despues de haber dirigido una mirada en torno suyo para orientarse, se encaminó al trote largo hácia el palacio del gobierno, murmurando para sí:

—¡Bah! los tiempos están duros. Si no fuera uno un poco diestro, de seguro que no habria medio de mantener honradamente a la familia.

Esta reflexion, de una moralidad algo aventurada, fué acompañada de un gesto, cuya espresion habria dado mucho en qué pensar á don Tadeo si hubiese podido verle.

XIII.

AMOR.

Al amanecer del día siguiente, los rayos del sol despertaron á los dos franceses.

El día prometia ser magnífico.

En el cielo no se veia una nube.

Un leve vapor, lleno de acres aromas, se alzaba lentamente de la tierra absorbido por los rayos del sol, que á cada momento hacia sentir mas su abrasadora influencia.

La brisa de la mañana refrescaba el aire y convidaba á pasear.

Los dos jóvenes completamente repuestos de su cansancio, saltaron alegremente del respectivo lecho y se vistieron presurosos.

La chacra, á la que solo habian podido vislumbrar en la noche anterior, al dudoso resplandor de la luna, era una granja inmensa que contenia estensos edificios y se hallaba rodeada de productivas tierras.

Reinaba en todas partes la mayor animacion.

Peones montados en caballos medio salvajes, hacian salir al ganado y le conducian á las praderas artificiales. Otros corrian alrededor de los caballos, reuniéndoles con fuertes gritos, y conduciéndolos al agua. En un patio, el mayoral vigilaba á los niños y mujeres ocupados en ordeñar las vacas.

En fin, la morada que tan triste y sombría habia parecido por la noche, á la claridad del día habia tomado un aspecto de vida y de alegría que daba inmenso placer.

Los gritos de los peones se mezclaban con los mugidos de las reses, los ladridos de los perros y los cantos de los gallos, y formaban ese melodioso concierto que solo se oye en las casas de labranza, y que siempre regocija al corazón.

Tenemos que hacer justicia aquí á la republica chilena, diciendo que de todos los estados de la América del Sur, es la única que ha comprendido que la riqueza de un país no consiste en el número de sus minas, sino en el impulso que en él se dé al cultivo.

Y sin embargo, aquel país posee ricas minas de oro, plata y piedras preciosas, que está explotando; pero cuyos productos son colocados en segunda línea, reservando toda su solicitud para la agricultura.

Chile es muy joven todavía, como nacion. Hallanse todavía en la infancia la industria y las artes; pero las granjas son numerosas, los campos están bien cultivados, y merced á este sistema de trabajo, no dudamos que aquel país está llamado á convertirse muy pronto en el depósito mercantil de todas las demás potencias americanas, á las que en gran parte surte ya de vino y de trigo desde el Cabo de Hornos hasta la California.

Detrás de la chacra se estendia una huerta bien cuidada, en la que grupos de granados y limoneros, plantados en la tierra, se alzaban al lado de los tilos, de los manzanos, de los ciruelos y de otros árboles de nuestra Europa.

A Luis le sorprendió agradablemente el aspecto de aquel jardín con numerosas calles, en el que mil pajaros de brillantes colores gorjeaban alegremente en la enramada de los frondosos bosques de jazmines y madreselvas.

Mientras que Valentin, seguido de César, iba á mezclarse con los peones y á fumar su cigarro en el patio, Luis se sintió impulsado por su imaginacion meditabunda y de poéticos arranques á buscar algunos instantes de soledad en el Eden que se ofrecia ante su vista. Arrastrado por una fuerza desconocida, embriagado por los suaves aromas que embalsamaban la atmósfera, se deslizó á la huerta, dirigiendo en torno suyo una mirada interrogadora.

El joven iba por las alamedas, meditando y deshojando maquinalmente entre sus dedos una rosa que habia cogido.

Hacia mas de una hora que estaba paseándose así, cuando á pocos pasos de allí se oyó entre las hojas un ruido leve.

Alzó instintivamente la cabeza bastante á tiempo para ver los últimos pliegues de un ligero ves-

tido de gasa blanca que desaparecía entre los árboles, aunque tarde para distinguir completamente á la persona que le llevaba y que parecía deslizarse rápidamente cual blanco fantasma sobre la yerba empapada en rocío.

Al ver el jóven aquella aparición misteriosa, sintió á su corazón saltar dentro del pecho, y se detuvo tembloroso. Fué tan fuerte la emoción que experimentó, que se vió obligado á apoyarse en un árbol para no caer.

—¿Qué me está pasando? se preguntó á sí mismo, enjugando su frente bañada de frío sudor. ¡Estoy loco! prosiguió con una sonrisa forzada. ¡Creo verla en todas partes!.... ¡Dios mío! la amo tanto que, á pesar mío, mi imaginación me la representa incesantemente. Esa jóven á quien no he hecho mas que vislumbrar, debe ser la misma á quien libramos anoche tan milagrosamente. ¡Pobre niña!.... Por fortuna no me ha visto, pues la hubiera asustado.... Mas vale evitar su encuentro y salir del jardín. El estado en que me encuentro, la causaría miedo.

Y como sucede siempre en tales circunstancias, se precipitó, por el contrario, en seguimiento de aquella á quien apenas había visto; pero á la que por uno de esos sentimientos instintivos de simpatía que proceden de Dios y que nunca podrá explicar la ciencia, había adivinado en seguida.

La jóven, oculta en el fondo de un bosquecillo, como un pájaro-mosca en su lecho de musgo, con la frente pálida y los ojos inclinados al suelo, escuchaba triste y pensativa las alegres melodías que los pájaros cantaban junto á ella.

De pronto un ruido leve la hizo estremecer y levantar la cabeza.

El conde se hallaba delante de ella.

La jóven lanzó un grito ahogado y quiso huir.

—¡D. Luis!.... dijo.

Le había conocido.

El conde cayó de rodillas á la entrada del bosquecillo.

—¡Oh! exclamó con voz temblorosa de emoción y con el acento del cariño mas ardiente.

¡Por piedad! señora; ¡quédese V.!....

—¡D. Luis! repuso la jóven, repuesta ya y fingiendo la indiferencia mas completa.

Las jóvenes, aun las mas puras, poseen en el mas alto grado el talento de encerrar dentro de sí mismas sus sentimientos, y de engañar acerca de las emociones que experimentan.

—¡Sí! yo soy, señora! respondió el conde con el acento de la pasión mas ardiente, pero respetuosa. Yo que por volver á ver á V. lo he abandonado todo.

La jóven hizo un movimiento.

—Por favor, continuó el conde, déjeme V. que admire todavía un instante sus facciones adoradas. ¡Oh! añadió con una mirada llena de amor, mi corazón la había adivinado á V. antes de que mis ojos la hubiesen visto.

—¡Caballero! dijo la jóven con voz entrecortada, no le entiendo á V.

—¡Oh! nada tema V. de mí, señora, dijo él interrumpiéndola con vehemencia. Mi respeto hacia V. es tan profundo que....

—Pero, caballero, dijo ella con viveza, levántese V. Si le sorprenden así....

—¡Señora! contestó el conde, la confesión que tengo que hacer á V. exige que permanezca en esta postura suplicante.

—Pero....

—Amo á V., señora, dijo D. Luis con voz entrecortada. Esta palabra que en Francia no me atreví á murmurar á su oído; esta palabra que nunca he dejado que llegase de mi corazón á mis labios, no sé qué es lo que hoy me da la audacia suficiente para pronunciarla, aunque hubiese V. de desterrarme para siempre de su presencia. ¡Lo repito! amo á V., señora, y si V. no me corresponde, moriré!

La jóven le miró un momento con aire melancólico, tembló una lágrima en sus largas pestañas, dió un paso hacia él y tendiéndole su mano, sobre la cual imprimió el conde sus labios, dijo con dulzura:

—Levántese V.

El conde obedeció.

La jóven se dejó caer agobiada sobre un banco que había detrás de ella, y pareció que se sepultaba en una meditación profunda y dolorosa.

Hubo un momento de silencio.

D. Luis la consideraba con el alma inquieta y el corazón palpitante.

Al fin la jóven levantó la cabeza.

Su rostro estaba bañado en lágrimas.

—¡Caballero! dijo con voz triste, si Dios ha permitido que aun nos volvamos á encontrar una vez, es porque en su divina gracia ha juzgado que debe tener efecto, entre nosotros, una esplicación suprema.

El conde hizo un gesto.

—¡No me interrumpa V.! continuó la jóven, pues no tendría el valor suficiente para completar lo que aun tengo que decirle. ¡Me ama V., Luis! Lo creo, y su presencia en este sitio es una prueba irrecusable para mí. Me ama V., y sin embargo, cuántas veces, durante mi corta permanencia en Francia, me habrá V. maldecido en secreto, acusándome de coquetería, ó por lo menos de inconcebible ligereza.

—¡Señora!....

—¡Oh! dijo ella con una sonrisa triste, puesto que me ha confesado V. su amor, quiero ser franca con V., Luis, y si he de perder la esperanza en lo porvenir, al menos quiero justificar mi pasado y dejarle de mí un recuerdo que nada mancille.

—¡Oh, señora! ¿Por qué me dice V. esas cosas?

—¿Por qué? dijo la jóven con una mirada llena de melancolía, y con voz triste y armoniosa como los sonidos del arpa eólica. Porque creo en ese amor tan vehemente, tan jóven, tan sincero, al que ni herian los desdenes, ni ha podido amortiguar la inmensa distancia que se puso entre nosotros; porque amo á V., en fin, yo tambien. ¿No lo comprende V., Luis?

Al oír esta confesión tan cándida, hecha con una voz desconsoladora por aquella joven que parecía que ya no pertenecía á la tierra, el conde sintió en su corazón como un presentimiento terrible. Tembloroso y lleno de desconsuelo, la dirigió esa mirada fija y desesperada del resentido á muerte que escucha la lectura de su sentencia.

—Sí, repuso la jóven, con febril vehemencia; sí, amo á V., Luis, le amaré siempre, ¡pero nunca.... nunca serémos uno de otro!

—¡Oh! eso es imposible! exclamó el conde levantando la cabeza con viveza.

—Escúcheme V., dijo ella con tono de autoridad. No mandaré á V. que me olvide, Luis. ¡Un amor como el suyo, es eterno! ¡Ay de mí! siento que el mio durará tanto como mi vida! Ya lo ve V., amigo mio; soy franca. No le hablo como debiera hacerlo una jóven. Dejo que delante de V. se desborde mi corazón, y que lea V. en él como en el suyo propio. Pues bien; ese amor que sería para nosotros el colmo de la felicidad; esa comunión de dos almas que se confunden una en otra para no formar sino una sola, es preciso romper esa felicidad inmensa, romperla para siempre, sin remisión, sin vacilar.

—¡Oh! no puedo! exclamó el conde con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Es preciso, le digo á V.! repuso la jóven loca de dolor. ¡Dios mío! Dios mío! ¿Qué mas exijas de mí?.... ¿Hé de confesarlo todo?....

¡Pues bien; sea así! ¡Sepa V. que soy una criatura miserable, condenada desde mi nacimiento, perseguida por un odio terrible que me sigue paso á paso, que me acecha incesantemente, y que uno ú otro día, mañana, acaso hoy, me destrozará sin compasión!.... Obligada á cambiar de nombre sin cesar, huyendo de ciudad en ciudad, de país en país, siempre y en todas partes me he perseguido, sin tregua ni descanso, ese enemigo implacable á quien no conozco y contra el cual no puedo defenderme.

—¡Pero yo la defenderé á V.! exclamó D. Luis con sublime energía.

—¡Ah! no quiero que V. muera, dijo la jóven con acento de inefable amargura. Unirse á mí, es correr á una pérdida segura. Fui á Francia para buscar un refugio, y me fué preciso abandonar súbitamente aquel suelo hospitalario. Habiendo

llegado aquí hace algunas semanas; anoche, á no ser por V., me hubiera visto perdida. ¡No!.... no!.... ¡Estoy condenada! ¡Lo sé!.... Pero no quiero arrastrar á V. en mi caída. ¡Ay Dios! Quizás estoy llamada á sufrir tormentos aun mas horribles que los que he padecido hasta hoy. ¡Oh! Luis, en nombre de ese amor que me profesa V. y del que yo participo, déjeme V. en mi dolor el consuelo de saber que está V. al abrigo de los tormentos que me agobian.

En aquel momento se oyó á cierta distancia la voz de Valentin, y César fué meneando la cola á saltar junto á su amo.

Doña Rosario cogió una flor de *Suchil*, y presentándosela al jóven, despues de haber aspirado durante un momento su suave aroma, le dijo:

—Tome V., amigo mio. Acepte V. esta flor, ¡ay Dios! único recuerdo que le quedará de mí.

El conde ocultó la flor en su pecho.

—¡Vienen! continuó la jóven con voz temblorosa. Júreme V., Luis; júreme V. salir lo más pronto posible de este país sin tratar de volver á verme.

El conde vaciló y dijo:

—¡Oh! quizás algun dia....

—¡Nunca sobre la tierra! ¿No he dicho á V. que me hallo condenada? Jure V., Luis, para que al menos pueda decirle: «¡Hasta que nos veamos en el cielo!»

Pronunció estas palabras con tal acento de desesperación que el conde, á pesar suyo, hizo un gesto de asentimiento, y pronunció con voz casi inarticulada estas palabras:

—¡Lo juro!

—¡Gracias! exclamó la jóven con apasionado acento, y depositando rápidamente un beso en la frente de su desconsolado amante, desapareció con la ligereza de una corza en medio de un grupo de granados en el momento en que Valentin apareció á la entrada del bosquecillo.

—¡Vamos, hermano! dijo alegremente el soldado: ¿qué diablos estas haciendo en el fondo de este jardín? Nos aguardan para almorzar. Hace una hora que ando buscándote, y á no ser por César, aun no te habría hallado.

El conde se volvió con el rostro bañado en llanto, y echándole los brazos al cuello, exclamó con desesperación:

—¡Hermano! hermano! soy el hombre mas desgraciado!

Valentin le miró algunos instantes, lleno de espanto.

Luis estaba desmayado.

—¿Qué ha pasado aquí? dijo el soldado dirigiendo en torno suyo una mirada sospechosa, y dejando sobre un banco de césped á su hermano de leche que estaba pálido é inmóvil como un cadáver.

XIV.

LA QUINTA VERDE.

Cerca de Rio Claro, precioso pueblecillo edificado en una posición deliciosa entre Santiago y Talca, había entonces, y probablemente habrá hoy todavía, sobre una colina que domina á lo lejos la campiña, una bonita quinta de paredes blancas y persianas verdes, oculta con coquetería de las indiscretas miradas por un grupo de árboles de todas clases, robles, anacardos, olmos, palmeras, aloes, cactus, etc., que crecían y se enlazaban en torno de ella, formando una especie de muralla casi impenetrable.

¡Cosa difícil de explicar! En aquella época de convulsiones y de trastornos, por un privilegio ignorado de todos, aquella habitación deliciosa se había escapado hasta entonces, y como por milagro, de la devastación y del saqueo que la amenazaban incesantemente y que caían á cada instante en torno suyo, envolviéndola, por decirlo así, en una red de ruinas, aunque sin haber turbado nunca aquella morada tranquila, á pesar de que la tormenta humana había ido á aullar bajo sus muros, y que á la sombra de la noche se veía brillar con frecuencia el rojizo resplandor de las teas incendiarias. De improviso, y sin que se supiese por qué, como por encanto, cesaban los gritos de muerte y se apagaban las teas inofensi-

vas en manos de los que un minuto antes las agitaban con furor.

Aquella habitacion se denominaba la *Quinta Verde*.

¿Por qué prodigio aquella casa tan sencilla, al menos en la apariencia, tan semejante á las demás, se habia librado de la suerte comun y permanecia única, quizás, entre todas las casas de campo chilenas, serena y tranquila en medio del trastorno general, igualmente respetada por todos los partidos que se disputaban el poder, y mirando con indiferencia, desde lo alto de su gracioso mirador á la revolucion que se agitaba á sus piés y que arrastraba como en un torbellino infernal á las ciudades, los pueblos, las aldeas, las casas, las fortunas y las familias.

Esto era lo que en repetidas ocasiones habian procurado saber las gentes, sin poderlo conseguir nunca.

Nadie habitaba ostensiblemente en la quinta, y en ciertos días se oian rumores que llenaban de supersticioso temor á los buenos huasos de las cercanías.

Al día siguiente de aquel en que ocurrieron los sucesos que dan comienzo á esta historia, el calor habia sido sofocante; la atmósfera habia estado pesada, y el sol se puso entre nubes de purpurinos vapores, síntomas de una próxima tormenta que estalló con furor en cuanto hubo anochecido por completo. La brisa revoloteaba silbando en torno de los árboles, cuyas ramas se entrechocaban con lúgubre ruido. El cielo estaba negro, sin una estrella; densos nubarrones cenicientos corrian rápidamente por el espacio, cubriendo, cual un manto de plomo, á la naturaleza entera. Oíanse resonar á lo lejos, en las quebradas, los aullidos de las fieras, con los que por intervalos se mezclaban los roncós ladridos de los perros vagabundos.

Dieron las nueve lentamente en un reloj lejano. El ruido del bronce repetido por los ecos de las colinas vibró con plañidero acento en la desierta campiña.

La luna saliendo de entre las nubes que la envolvian, derramó por algunos segundos un resplandor pálido y tembloroso sobre el paisaje, al que dió un aspecto fantástico.

Aquel rayo fugitivo de dudosa claridad, permitió, sin embargo, á un reducido grupo de ginetes, que trepaban penosamente por un sendero sinuoso por la falda de la montaña, que distinguiesen á algunos pasos delante de sí la negra silueta de una casa, en cuya ventana mas alta brillaba como una farola un resplandor rojizo y vacilante.

Aquella casa era la *Quinta Verde*.

A cuatro ó cinco pasos, á vanguardia del grupo, marchaban dos ginetes cuidadosamente embozados en sus capas, con las anchas alas de sus sombreros echadas sobre los ojos. Precaucion inútil en aquel momento, por razon de las tinieblas que cubrian la tierra; pero que, sin embargo, demostraba que aquellos personajes tenian grande interés en no ser conocidos.

—¡Loado sea Dios! dijo uno de los ginetes á su compañero, deteniendo su caballo para dirigir una mirada en derredor suyo y orientarse en cuanto lo permitia la oscuridad que habia vuelto á reinar; creo que pronto llegaremos.

—En efecto, mi general, contestó el segundo, antes de un cuarto de hora, á mas tardar, estaremos en el término de nuestro viaje.

—¡Pues no nos detengamos! repuso aquel á quien habian dado el título de general. Anhele penetrar en ese antro tan terrible.

—Un momento..... repuso el primer interlocutor. Deber mio es avisar á V. E. que aun es tiempo de retroceder, lo cual seria, quizás, lo mas prudente.

—Tenga V. esto muy presente, Diego, dijo el general dirigiendo á su compañero una mirada que brilló en medio de la oscuridad de la noche, como la de un gato montés. En las circunstancias en que me encuentro, la prudencia, de la manera que V. la entiende, seria una cobardía. Sé á lo que me obliga el rango en que me ha colocado la confianza de mis conciudadanos. La posicion es de las mas criticas para nosotros. La reaccion li-

beral alza la cabeza por todas partes, y es preciso concluir con esa hidra que renace sin cesar. La noticia de que D. Tadeo se ha librado de la muerte, se ha difundido con la rapidez de un rastro de pólvora inflamada, y todos los descontentos, cuyo jefe es, se agitan con sin igual violencia. Si yo vacilase hoy para dar un gran golpe y aplastar la cabeza de la serpiente que silba junto á mis oídos, acaso mañana fuese demasiado tarde. La vacilacion es lo que ha perdido siempre á los hombres de Estado en los momentos decisivos.

—Sin embargo, mi general, si el hombre que le ha dado á V. E. esos datos.....

—Es un traidor, ¿verdad? lo cual será muy posible, y aun es muy probable. Por eso no he descuidado lo mas mínimo para neutralizar las consecuencias de esa traicion que preveo.

—A la verdad, mi general, que yo en su lugar me.....

—Gracias, mi viejo compañero, gracias por su solicitud hácia mi. Pero basta sobre ese punto. Debe V. conocerme lo bastante para saber que nunca he transigido con mi deber.

—Entonces, mi general, solo me resta desear á V. E. buena suerte, porque ya sabe que ha de llegar solo á la *Quinta Verde*, y que no puedo escoltarle mas lejos.

—¡Muy bien! Quédese V. aquí, mande provisionalmente echar pié á tierra á su gente, y sobre todo vigile con cuidado las cercanías y ejecute puntualmente las órdenes que le he dado. Vaya, adios.

Diego se inclinó con tristeza, y retiró su mano que hasta entonces habia tenido apoyada en la brida del caballo del general.

Este se embozó en su capa é hizo sonar su lengua de esa manera habitual en los ginetes para estimular á sus cabalgaduras.

El caballo, al oír esta señal para él tan conocida, enderezó las orejas, y como si fuese un animal de raza pura, no obstante el cansancio que le agobiaba, arrancó al galope.

Al cabo de algunos minutos de una carrera rápida, el general se detuvo; pero al parecer, esta vez habia llegado al término de su viaje, porque se apeó, echó las riendas sobre el cuello de su caballo, y sin ocuparse de él ya, ni mas ni menos que si hubiese sido un caballo de postas, se encaminó resueltamente hácia la casa que habia vislumbrado algun tiempo antes, y que solo distaba como unos diez pasos.

Recorrió en breve tiempo esta distancia.

Cuando hubo llegado á la puerta se detuvo durante un segundo y miró en torno suyo como para sondear las tinieblas.

Todo estaba tranquilo y silencioso.

El general, á pesar suyo, sintió ese temor vago que se apodera del hombre mas valiente cuando se encuentra frente á lo desconocido.

Pero el general Bustamante, á quien el lector habra conocido ya, era harto viejo soldado para dejarse dominar durante mucho tiempo por una impresion, por muy fuerte que esta fuese. Así, pues, la que entonces sintió, solo tuvo la duracion de un relámpago, y recobró casi inmediatamente su serenidad.

—¿Tendré yo miedo, por ventura? murmuró con una sonrisa irónica, y acercándose resueltamente á la puerta, dió tres golpes á intervalos iguales con el pomo de su espada.

Sus brazos fueron sujetados súbitamente por manos invisibles; cayó una venda sobre sus ojos, y una voz débil murmuró junto á su oído:

—No intentes resistir. Veinte puñales están asestados á tu pecho. Al menor grito, al mas leve gesto, eres hombre muerto. Contesta categóricamente á mis preguntas.

—Esas amenazas están demás, replicó el general con voz serena. Puesto que he venido por mi libre voluntad, es prueba de que no tengo intencion de resistir. Pregunte V., y contestaré.

—¿Qué vienes á buscar aquí? preguntó la voz.

—A los *Corazones sombríos*.

—¿Estás dispuesto á comparecer ante ellos?

—¡Lo estoy! contestó el general siempre impasible.

—¿Nada temes?

—Nada.

—Deja caer tu espada.

El general soltó su espada, y al mismo tiempo sintió que le quitaban sus pistolas.

—Ahora anda sin temor, dijo la voz.

El prisionero volvió á encontrarse libre instantáneamente.

—En nombre de Jesucristo, que murió sobre la cruz por la libertad del mundo, Corazones sombríos, recibidme en el número de vuestros hermanos, dijo entonces el general en voz alta y firme.

Las dos hojas de la puerta de la *Quinta Verde* se abrieron.

Dos hombres enmascarados, con las espaldas desenvainadas en la mano, y llevando cada uno una linterna sorda, cuyo foco dirigieron al rostro del general, aparecieron en el umbral de la puerta.

—Aun es tiempo, dijo uno de los desconocidos. Si tu corazon no está firme, puedes retirarte.

—Mi corazon está firme.

—Pues entonces ven, tú que te crees digno de compartir nuestra gloriosa empresa; pero tiembra si piensas hacernos traicion, repuso el hombre enmascarado con voz sombría.

Al oír estas palabras, el general sintió, á pesar suyo, que un estremecimiento de terror recorria todos sus miembros; pero sobreponiéndose á aquella emocion involuntaria, contestó:

—A los traidores es á quienes toca temblar; en cuanto á mí, nada tengo que temer.

Y entró resueltamente en la *Quinta Verde*, cuya puerta se cerró en pos de él con un ruido lúgubre.

La venda que cubria sus ojos, y que habia impedido á los que le interrogaron que le conociesen, no obstante los esfuerzos que para ello hacian, le fué quitada entonces.

Despues de andar durante mas de un cuarto de hora por un corredor circular, iluminado por el resplandor rojizo y vacilante de la tea que llevaba el hombre que le guiaba por aquel *Dédalo*, el general fué detenido súbitamente por una puerta que se encontró delante de él.

Se volvió vacilando hácia los hombres enmascarados que le habian seguido.

—¿Qué aguardas? dijo uno de ellos contestando á su muda interrogacion. ¿No está escrito, *llama y te abrirán?*

El general se inclinó en señal de asentimiento, y luego llamó con fuerza á la puerta.

Las dos hojas de esta giraron silenciosamente, y el general se encontró en el umbral de una espesa sala, cuyas paredes estaban cubiertas de paños rojos, iluminada lúgubremente por una lámpara de bronce de varios mecheros, pendiente del techo, y que derramaba una claridad dudosa sobre un centenar de hombres, que todos tenian en la mano derecha la espada desnuda y dirigian hácia él miradas ardientes por los agujeros de las caretas negras que les cubrian el semblante.

En el fondo de la sala habia una mesa cubierta con un tapete verde.

Tres hombres estaban sentados delante de la mesa.

No solo se hallaban enmascarados, sino que además, por un exceso de precaucion, delante de cada uno de ellos, habia una tea encendida, clavada en la mesa, que solo dejaba que se les vislumbrase vagamente.

En la pared estaba colocado un crucifijo entre dos relojes de arena, que tenian por encima una calavera, atravesada con un puñal.

El general no manifestó emocion alguna al ver aquel aparato escénico siniestro. Solo una sonrisa de desden arqueó sus labios altaneros, y dió un paso para entrar en la sala.

En aquel momento sintió que le tocaban levemente en el hombro.

Se volvió: uno de los guías le tendia una careta. No obstante la precaucion que habia adoptado para ocultar sus facciones, se apoderó vi-

vamente de ella con un movimiento de júbilo, se la aplicó al rostro, se embozó en su capa y entró.

—*In nomine patris et filii et Spiritus Sancti*, dijo:

—¡*Amen!*..... contestaron los circunstantes con voz sepulcral.

—*Exaudi te Dominus, in die tribulationis*, dijo uno de los tres personajes colocados detrás de la mesa.

—*Impleat Dominus omnes petitiones tuas*, contestó el general sin vacilar.

—¡*La patria!* contestó el primer interlocutor.

—¡*O la muerte!*..... replicó el general.

—¿Qué vienes á buscar aquí? preguntó el único que hasta entonces había hablado.

—Deseo entrar en el seno de los elegidos.

Hubo un momento de silencio.

—¿Hay alguno entre nosotros, que pueda ó quiera servirte de fiador? repuso el enmascarado.

—Lo ignoro. No conozco á las personas entre quienes me encuentro.

—¿Qué sabes?

—Lo supongo, puesto que todos tienen como yo una careta sobre el rostro.

—Los Corazones sombríos, dijo el interrogador con tono enfático, no se miran al rostro sino que sondean las almas.

El general se inclinó al oír aquella frase que le pareció bastante confusa.

El interrogador continuó diciendo:

—¿Conoces las condiciones de la afiliación?

—Las conozco.

—¿Cuáles son?

—Sacrificar á madre, padre, hermanos, parientes y á mí mismo, sin vacilar, á la causa que juro defender.

—¿Qué más?

—A la primera señal, ya sea de día, ya de noche, y aun al pié de los altares, en cualquiera circunstancia que me encuentre, abandonarlo todo para cumplir al instante la orden que se me trasmite, de cualquier manera que sea, y sea el que quiera el tenor de la orden.

—¿Suscribes á esas condiciones?

—Suscribo.

—¿Estás dispuesto á jurar que te sometes á ellas?

—Estoy dispuesto.

—Pues entonces repite despues de mí, con la mano sobre el Evangelio, las palabras que voy á decirte.

—Diga V.

Los tres hombres sentados detrás de la mesa se levantaron. Se llevó una *Biblia*, y el general puso resueltamente la mano sobre el libro.

Un estremecimiento recorrió las filas de los circunstantes.

El presidente dió un golpe sobre la mesa con el pomo de su puñal, y se restableció el silencio.

Entonces aquel hombre pronunció con voz alta y profundamente acentuada las palabras siguientes, que el general repitió despues de él sin vacilar.

—Juro sacrificarme y sacrificar mi familia, mis bienes y cuanto pueda adquirir en este mundo por la salvación de la causa que defienden los Corazones sombríos. Juro herir á todo hombre, aunque fuese mi padre ó mi hermano, que me sea designado. Si falto á mi fé, si hago traición á los que me aceptan como hermano, me reconozco digno de la muerte y perdono de antemano á los Corazones sombríos que me la den.

—Bien repuso el presidente, cuando el general hubo pronunciado su juramento. Es V. nuestro hermano.

Entonces se levantó, anduvo algunos pasos por la sala, y se detuvo en frente del general.

—Ahora, dijo con voz sombría y amenazadora, conteste V., D. Pancho Bustamante, V. que espontáneamente presta un juramento falso delante de cien personas, ¿créa V. que cometerémos un crimen juzgándole, puesto que ha tenido la audacia de entregarse por sí mismo en nuestras manos?

El general, no obstante todo su aplomo, no pudo contener un gesto de espanto.

—Arranquen VV. á ese hombre la máscara que cubre su rostro, á fin de que todos sepan bien quien es. ¡Ah, general! ha entrado V. en la madriguera del león, y este va á devorarle.

Se oyó un rumor lejano.

Sus soldados vienen á socorrerle, repuso el presidente. ¡Llegarán demasiado tarde! general, prepárese V., que va á morir!.....

Estas palabras cayeron como un golpe de maza sobre la frente de aquel que así se veía contrastado. Sin embargo, aun no perdió su valor. El ruido se acercaba insensiblemente. Era evidente que las tropas cercaban la Quinta Verde por todas partes y no tardarian en apoderarse de ella. Era preciso á toda costa ganar tiempo.

—¿Con qué derecho, dijo orgullosamente, se constituyen VV. en jueces y ejecutores de su propia sentencia?

—Es V. de los nuestros y depende de nuestra justicia, contestó el presidente con tono sardónico.

—Cuidado con lo que van VV. á hacer, señores, replicó el general con voz altanera, soy el ministro de la Guerra.

—Y yo soy el *Rey de las tinieblas*, exclamó el presidente con una voz terrible que heló de espanto al general. Mi puñal es mas seguro que los fusiles de sus soldados, y no deja escapar á sus víctimas. Hermanos, ¿qué castigo ha merecido este hombre?

—¡La muerte! contestaron los conjurados.

El general vió que estaba perdido.

XV.

LA PARTIDA.

El sargento Diego, á quien el general Bustamante había dejado á pocos pasos de la Quinta Verde, no estaba tranquilo acerca de la suerte de su jefe. Tenía tristes presentimientos.

Era un soldado viejo y enterado de las tretas y traiciones empleadas en su país entre los enemigos íntimos, y había estado muy lejos de aprobar el paso dado por el general. Sabía mejor que nadie la poca confianza que se debe tener en los espías, y obligado ostensiblemente á obedecer la orden que había recibido, resolvió mentalmente no abandonar sin socorro á su jefe en la madriguera en que había ido á meterse con los ojos cerrados.

Diego profesaba al general Bustamante, bajo cuyas órdenes servía hacia mas de diez años, una amistad sincera y profunda, lo cual le daba derecho á cierta privanza cerca de aquel, y sobre todo á su entera confianza.

Púsose inmediatamente en relacion con otros dos jefes de destacamento encargados, como él, de vigilar la casa misteriosa cuya negra silueta se destacaba lúgubramente en la oscuridad de la noche y en torno de la cual había establecido un bloqueo severo.

Paseábase arriba y abajo, mordiéndose el bigote y murmurando en voz baja, decidido, si el general no volvía al cabo de media hora, á entrar allí de grado ó por fuerza, cuando una mano pesada se apoyó en su hombro. Se volvió con viveza conteniendo trabajosamente un juramento que espiró en sus labios.

Un hombre estaba delante de él. Aquel hombre era D. Pedro.

—¿Usted aquí? exclamó conteniéndose.

—Yo mismo, contestó el espía.

—Pero ¿de dónde diablos sale V.?

—Poco importa..... ¿Quiere V. salvar al general?

—¿Está en peligro?

—En peligro de muerte.

—¡Demonio!..... dijo el sargento con un aullido, salvémosle!

—Vengo espresamente para eso. Pero hable V. bajo.

—Hablaré como V. quiera. Sin embargo, digame.....

—¡Nada! repuso D. Pedro interrumpiéndole. No hay que perder un instante.

—¿Qué he de hacer?.....

—Escúcheme V. bien.

—Todo soy oídos.

—Un destacamento ha de simular un ataque por la puerta por donde ha entrado el general; otro vigilará las inmediaciones. Los Corazones sombríos tienen caminos que solo ellos conocen: V. me seguirá con el tercer destacamento, y yo me encargo de introducirle en la casa..... ¿queda convenido?

—Ya lo creo.

—Pues entonces, apresúrese V. y avise á sus compañeros, que urge el tiempo.

—Voy corriendo. ¿Dónde he de encontrar á V.?

—Aquí.

—Bueno.

—Solo necesito cinco minutos.

Y se alejó presuroso.

—Vamos, pensó D. Pedro en cuanto estuvo solo, es preciso ser prudente, cuando se quiere que los negocios produzcan. Segun lo que dicen, quieren juzgar al general; no les dejemos llegar hasta ese punto, pues mis intereses padecerían demasiado. Me he manejado bastante bien para estar al abrigo de toda sospecha, y si logro buen éxito tendré mas favor que nunca con el general, sin perder tampoco lo mas mínimo de la confianza que me demuestran.

Diego volvía en aquel momento.

—¿Qué hay? preguntó D. Pedro.

—Ya está hecho, repuso el sargento con voz anhelosa. Aguardo á V.

—Pues vamos allá, y Dios haga que no sea demasiado tarde.

—¡Amen! dijo el soldado.

Todo se hizo segun se había convenido. Mientras un destacamento atacaba valerosamente la puerta de la Quinta Verde, D. Pedro condujo á las tropas mandadas por Diego al lado opuesto de la casa, en donde había una ventana baja abierta. La ventana tenía rejas, pero varias barras habían sido quitadas de antemano, lo cual facilitaba el paso.

D. Pedro encargó el mayor silencio á los soldados; saltaron uno en pos de otro dentro de la casa.

Guiados por el espía, avanzaron cautelosamente sin encontrar obstáculo de ningún género. Al cabo de algunos minutos se encontraron delante de una puerta cerrada.

—¡Ahi es! dijo D. Pedro en voz baja.

A una señal del sargento, los soldados echaron la puerta abajo á culatazos y se precipitaron dentro de la sala.

Estaba vacía.

Un hombre se hallaba tendido sin movimiento en el suelo.

El sargento se precipitó hácia él, y de improviso retrocedió lanzando un grito de horror.

Había conocido á su jefe.

El general Bustamante tenía un puñal cuya hoja entera estaba clavada en el pecho. En el mango del puñal estaba atada una larga banderola negra sobre la cual se leían escritas con tinta encarnada, las siguientes palabras:

—*Justicia de los Corazones sombríos.*

—¡Oh! exclamó Diego, ¡venganza! venganza!

—¡Venganza! repitieron los soldados con una rabia mezclada de terror.

El sargento se volvió hácia D. Pedro, el cual creía que estaba todavía á su lado. Pero el espía, que era el único que podía guiarlos en sus pesquisas, había juzgado prudente marcharse tan luego como vió que había sucedido lo que temía, y desapareció sin que nadie reparara en su partida.

—¡No importa! dijo Diego. Aun cuando tuviese que demoler esta madriguera de asesinos hasta los cimientos, y no dejar piedra sobre piedra, juro que he de encontrar á esos demonios, aunque se hallen escondidos en el centro de la tierra.

El viejo soldado comenzó á registrar por todas partes, mientras que un cirujano que había seguido al destacamento prodigaba los primeros cuidados al herido á quien trataba de volver á la vida.

Los Corazones sombríos, segun había dicho el

espía muy bien, tenían caminos que solo ellos conocían, por los que se habían marchado tranquilamente después de haber ejecutado su terrible venganza o su severo juicio, según el punto de vista en el cual se coloque uno para apreciar un acto de esta naturaleza y de tal importancia.

Estaban ya lejos en el campo y al abrigo de todo peligro, cuando aun se encarnizaban los soldados en buscarlos por la casa.

D. Tadeo y D. Gregorio regresaron juntos a la chacra.

Al llegar les sorprendió ver a Valentin, a quien suponían acostado y durmiendo hacia mucho tiempo, acercarse a ellos y en aquella hora avanzada de la noche solicitar una conversacion de breves instantes.

A pesar de la sorpresa natural que les causó esta peticion, cuya hora se escogía de una manera tan singular, los dos caballeros, suponiendo que el francés tendría razones graves para obrar de aquel modo, le concedieron lo que pedía sin hacer la mas leve observacion.

La conversacion que medió entre los tres personajes fué larga. Creemos inútil reproducirla aquí. Solo daremos a conocer el término de ella, que la resume perfectamente.

— ¡No insistiré! dijo D. Tadeo, aunque V. no quiera decirnos las razones que le obligan a dejarnos, le creo hombre barto formal, D. Valentin, para no tener la conviccion de que son muy graves.

— ¡Son de la mayor gravedad! dijo el jóven insistiendo.

— Muy bien. Y al marcharse de aquí, ¿hacia qué lado piensan VV. dirigirse?

— La verdad, contestaré francamente, y una vez mas, lo que VV. saben ya: que mi amigo y yo vamos en busca de fortuna, y así pues, todas las direcciones son buenas para nosotros, puesto que sobre todo debemos contar con la casualidad.

— Opino del mismo modo, contestó D. Tadeo sonriendo. Escúcheme V.: tengo en la provincia de Valdivia posesiones estensas que me propongo ir a visitar muy pronto. ¿Quién impide a VV. que se dirijan hacia aquel lado, mas bien que hacia otro cualquiera?

— Absolutamente nadie.

— En este momento necesito un hombre seguro para confiarle una mision importante en la Araucania, cerca del jefe principal de aquel país. Si van VV. a la provincia de Valdivia, tendrán que atravesar la Araucania en toda su estension. ¿Quiere V. ser el hombre que busco y desempeñar esa mision, lo cual no le molestará lo mas mínimo?

— ¿Por qué no? dijo Valentin; nunca he visto salvajes, y no me disgustará saber a qué atenerme respecto a ellos.

— Pues bien, queda convenido. ¿Marchan VV. mañana, no es verdad?

— Perdón V., hoy mismo; dentro de algunas horas, porque tardará muy poco en salir el sol.

— ¡Es verdad! Pues bien, en el momento en que VV. se pongan en marcha, el mayordomo les entregará de mi parte mis instrucciones escritas.

— ¡Caramba! dijo Valentin riendo, héme aquí convertido en embajador.

— No se chancée V., amigo mio, dijo seriamente D. Tadeo. La mision que le confío es delicada, y aun peligrosa, no quiero ocultárselo. Si le sorprendiesen los papeles de que va V. a ser portador, se hallaría espuesto a grandes peligros. ¿Quiere V., a pesar de todo, ser mi emisario particular?

— Desde el momento en que hay peligro, hay placer: ¿y cómo se llama la persona a quien he de entregar esos despachos?

— Son de dos clases. Los últimos solo hacen referencia a V. durante el curso de su viaje; se enterará V. de ellos, y le instruirán acerca de ciertas cosas que es importante que sepa para el buen éxito de su mision.

— Entiendo. ¿Y los otros?

— Los otros han de ser entregados en mano propia de Antinahué, es decir, el Tigre Sol.

— ¡Vaya un nombre raro! dijo Valentin riendo.

¿Y dónde encontraré a ese caballero que se hace llamar de una manera tan terrible?

— A la verdad, me pregunta V. demasiado, amigo mio, contestó D. Tadeo. No lo sé ni mas ni menos que V.

— Los indios araucanos, dijo D. Gregorio de pronto, son un pueblo algo nómada; y con frecuencia suele ser difícil encontrar entre ellos a las personas a quienes se busca.

— ¡Bah! descuiden VV., que yo le encontraré.

— Confiamos plenamente en V. Dentro de algunos dias, según he anunciado a V., marcharé yo tambien a Valdivia para poner allí en un convento a la jóven a quien tan valerosamente salvaron VV. Así, pues, en Valdivia será donde aguardaré su respuesta.

— Perdón V.; pero no sé donde está Valdivia, observó Valentin.

— No tenga V. cuidado. Cualquiera le enseñará el camino, contestó D. Gregorio.

— Gracias.

— Y ahora, si han cambiado VV. de opinion, cuando volvamos a vernos, y consienten VV. en quedarse entre nosotros, acuérdense de que somos hermanos y no teman darnos a conocer su nueva determinacion.

— No puedo decir ni que sí ni que no, caballero. No dependerá de mí que no continuemos viéndonos con frecuencia.

Después de algunas otras palabras cambiadas entre ellos, los tres hombres se separaron.

Algunas horas después, al salir el sol, D. Luis y Valentin, montados en magníficos caballos que D. Tadeo les había obligado a aceptar, salieron de la chacra seguidos por César.

Valentin había recibido sus despachos por mano del mayordomo.

En el momento en que salían de la granja, Luis volvió instintivamente la cabeza como para despedir con una mirada postrera aquellos sitios que abandonaba para siempre, y que tan queridos habían llegado a ser para él.

Una ventana se entreabrió dulcemente, y la jóven mostró su precioso rostro inundado de lágrimas.

(Se continuará).

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuacion.—Véase el núm. 24).

CAPÍTULO IX.

LA INVOLUCRACION.

Es de noche.

La luna, colgada entre oscuros pabellones, emitia una luz moribunda.

Las nubes se apiñaban.

Y de cuando en cuando, entre el sordo mugido del mar que la brisa levantaba, oíase lejana la voz ronca del trueno.

El huracan soplabá a intervalos.

Amurates, aun sin sentido, en un dormitorio contiguo al gabinete en que tras de un tapiz de Persia se distinguía una bonita y elegante puerta.

El balcon del dormitorio estaba entreabierto, y la luna, al par que la noche en frialdad, sumergía allí uno de sus rayos.

Amurates echó al fin un suspiro y abrió débilmente los ojos amoratados.

— ¿Es sueño ó realidad? articuló después de un minuto de vacilacion con voz desfallecida. No..... no..... ha sido sueño..... una horrible pesadilla.

Y luego prosiguió.

— ¿Pero será posible que toda esta baraunda, negra y triste, que desfila en mi cabeza como procesion fantástica, no sea otra cosa que los vapores de un sueño agitado? No..... no..... yo sostengo que esto ha sido realidad. ¿Qué filtro habré bebido? ¡Dios mio! No sé por qué aquel hombre no me ha asesinado..... Sí, no tengo du-

da..... me desmayé..... Y si no ¿qué he hecho yo hoy? Nada mas que llenarme de terror como un energúmeno. ¿Y por quién? Veamos. Aquí está el *quid*. Voy a convenir que he soñado para desentrañar la verdad. Pues bien, me irritaron en el almuerzo, después me desesperaron, y luego, no pudiendo resistir, saqué dos pistolas que deben estar aquí..... en el suelo.....

Y estendiendo Amurates las manos, tocó a uno y otro lado del lecho.

— ¡Ah! exclamó, no estoy en el suelo! estoy en mi cama! Si..... si..... esta es mi cama..... ¡Dios mio! ¿qué embrollo! ¿Con que no voy a distinguir la verdad de la ilusion? con que me vuelvo loco decididamente? Vamos, cachaza y resignacion... ¡Ah! balbuceó de pronto, ¡ah! mi criado debe saber de esto!

Y se lanzó del lecho.

Entonces advirtió que solo cubría sus carnes una ligera bata.

— ¡Dios mio! ¿Quién me habrá desnudado que no recuerdo?

Y Amurates, articulando frases ininteligibles, se precipitó en el gabinete.

— ¿Dónde te hallas, maldito liron? voceó a voz en grito. ¿Dónde estás, desgraciado negro?

Entre los tapices de la antesala, a la luz semiapagada de una bujía, se destacó el ayuda de cámara con su pelo rizado, sus negros contornos, sus blancos dientes y su sonrisa de hotentote.

— ¡Vos aquí, señor! vos aquí! exclamó haciendo aspavientos; ¿qué ha sucedido?

— ¡Tunante! ¿Quién te manda no dejar luz en mi dormitorio?

— ¡Oh, señor!

— ¡Vil! ¡No sé, voto a..... como no te rompo el cráneo!

Y el señor, convertido en furia, agarró con mano frenética al esclavo; pero reflexionando, fué soltándole poco a poco.

— ¡Una luz, pronto!

— Voy, señor.

— Dentro te espero.

Y se volvió refunfuñando al dormitorio.

El ayuda de cámara entró detrás con una bujía.

— Veamos, articuló Amurates abrigándose con una capa forrada de armiño y dejándose caer en un sillón; ¿me podrás dar razon exacta de cuanto ha ocurrido hoy?

— Preguntadme, señor.

— Y cuenta, ¡vive Dios! cuenta que si no respondes con veracidad, te mandaré descargar una nube de palos atado a la columna.

— ¡Señor! señor! murmuró el negro consternado.

— Basta de preliminares; tú vas a desvanecer esta confusion que oprime mi cabeza.

— Así sea.

— ¿A qué hora salí de casa?

— Cuando, señor.

— Esta mañana.

— Serian las nueve.

— ¡Ah! perfectamente; ¿pero a qué hora volví?

— ¡Pse! a las once, poco mas ó menos.

— ¿He tenido alguna visita?

A esta nueva pregunta, el negro se pasó la mano por el rostro como para ocultar el color rojo que salpicó sus mejillas, cual una mancha de sangre sobre un oscuro lienzo.

— Yo no recuerdo, señor..... respondió turbado.

Amurates fué a abrir la boca para prodigarle un millon de improperios; pero recapacitando, en vez de los oprobios, dió rienda a una serie de suspiros que hubieran hecho reír a otro menos comprometido que el ayuda de cámara.

— ¿Con que no recuerdas, bergante?

— ¡Ah, señor!.....

— ¡No me anunciaste un marino con el título estrambótico de un extranjero! ¿No dijiste que tenía facha de un rayá?

— No señor, no.....

— ¿Con que no?

— ¡Dios mio! Dios mio!

— Haz memoria.



CAPITULO X.

EL ESCLAVO.

Retrocedamos algunas horas en el curso de la novela para no perder de vista a Frari.

Cuando salió del gabinete, no pudo menos de lanzar un suspiro de esos que se pierden en la grandiosidad de nuestros propios pensamientos.

¡Ay! al bajar al fondo de su corazón como el que desciende á un arenal, no pudo encontrar aquellos árboles ilusorios que un día formaran su delicia y su esperanza.

¿Dónde estaba su padre? qué restaba de aquel anciano que guiaba su juventud sobre la tierra? dónde estaba su mujer? qué restaba de aquella bella criatura que en un tiempo constituyó la felicidad de su alma? Y sobre todo, sus pobres hijos, ¿qué era de aquellos hijos que tanto amaba, y por quienes aun era susceptible su corazón de palpar bajo la influencia del bien, él, que se denominaba el ángel malo de la sociedad; él, cuyas emociones tiernas se habían disipado como se deshacen las hojas de los árboles entre los aguaceros del otoño?

Sentía que el deseo de la venganza ensanchaba su corazón; sentía que el recuerdo de los tormentos sufridos despertaban su crueldad; sentía que su existencia no cabía en lo creado, y que solo estaba prendida á la tierra en la existencia de sus hijos.

Entonces una crispada sonrisa, mas terrible que el resplandor del hacha del verdugo al descargarse sobre el cuello de la víctima, vagó pálida en los bordes de sus labios entreabiertos.

Sus pasos se ahogaban en la alfombra y pudo llegar en silencio hasta el ayuda de cámara, que sentado en un escabel, tenía sepultado el rostro entre las manos.

— ¡Ah! balbuceó, ¿con que estoy condenado á una perpétua esclavitud? con que los blancos tienen poder absoluto sobre los negros? con que todos pueden disfrutar menos yo de los gozos que la familia proporciona? con que es una mentira aquella doctrina de los sacerdotes cuando nos amonestaban á la obediencia en nombre del Dios, de quien todos somos hijos comunes? con que no he de volver jamás á mi isla? con que estoy separado para siempre de mis hijos? ¡Ah!

Frari le tocó en el hombro, y el negro salió del aletargamiento en que estaba, alzando la frente empañada con una ráfaga de tristeza.

— ¡Ah! repitió estendiendo una mano, por esa crujiá teneis la salida!

— ¿Te has olvidado de lo que tratamos?

El negro hizo un movimiento como para juntar las manos en ademán suplicante.

— ¿Tienes miedo? prosiguió Frari. Ese hombre que tú crees superior, es igual á tí, porque los puestos en la sociedad no los da Dios, sino las circunstancias. Contigo han sido muy crueles, y es preciso que tú lo seas también; ¿me entiendes?

— ¡Oh, sí! caballero, llevais razón, no tuvieron misericordia conmigo, cuando rogaba que no me separasen de mi familia á quien amaba con delirio.

— Y bien, replicó Frari, ¿no tenía esa familia en tí toda su esperanza?

— ¡Ya lo creo! No solo pescaba para que se alimentase, sino que envenenando mis flechas le defendía de los ataques rudos que solían verificar los salvajes vecinos.

— ¿Y todavía te condues de los que te hicieron prisionero? y todavía no te quieres vengar de los que te sacaron de tu rústica, pero apacible y grata vida? ¿No estás en una sociedad que se nutre á tus espensas, se rie á tu costa y se guarda con tu misma centinela? por qué no le odias?

— ¡Oh, señor! si todos los blancos fueran de esos mismos sentimientos!

— ¡Ay! continuó el esclavo; pero están muy lejos de ser así. En vez de consuelos y pan, nos prodigan asperezas y latigazos escudados á sus propios ojos con la idea de que nos civilizan. Yo, señor, yo al menos, aunque espuesto al rigor de

Sacó del pecho una llavecita dorada y la introdujo en la casi imperceptible cerradura de la puerta que había tras del tapiz de Persia.

Amurates se halló en una larga galería, rodeada de jarrones de China, tiestos de porcelana y estatuas mitológicas.

En la estremidad se veía una elegante puerta de palo de rosa con molduras de plata.

Colocó Amurates la bujía en el pedestal de una estatua y estendiendo la mano tocó un resorte.

Pero la puerta no se abrió.

Volvió á forcejear en el resorte, y siempre en vano. Entonces sus facciones se inflamaron, y comenzó á gritar con voz nasal:

— ¡Delia! hija mia!..... Delia!.....

Solo el eco respondió.

— ¿Qué será? balbuceó Amurates aturdido, qué será?

Y repitió el grito:

— ¡Delia! Delia! con un acento de angustiosa indignación.

La puerta giró con suavidad sobre sus goznes, apareciendo en el dintel una hermosísima jóven.

Los ojos eran dulces, inquietos, espresivos y rasgados; sus cejas frescas y arqueadas con gracia, blanca su frente, rosada su tez; su pequeña boca, aquellos labios de grana, no parecían ser formados para reír estrepitosamente, sino para hechizar con esa ligera sonrisa que pone en perspectiva una bien perfilada dentadura de marfil; no se concebía una cintura mas flexible que la suya, ni una mano mas limpia y tersa, ni un pié mas elegante.

Difícilmente se podría resistir los encantos de su sonrisa, lo ardiente de su mirar y la belleza de toda su persona. Estaba en la edad de los voluptuosos sueños, y todos sus poros respiraban una delicia embriagadora é inesplicable.

Con solo contemplar su preciosa cabeza, rodeada de un cabello brillante y robusto, cuyos bucles se desprendían serpenteando sobre su cuello tan mórbido y tan contorneado, cualquiera hubiera creído tener delante un ángel recién bajado del cielo.

Tan luego como vió á Amurates, se lanzó á su cuello con una casta voluptuosidad.

— ¡Oh, padre mio! dijo en voz sonora: ¿qué me queréis?

— ¡Verte, hija mia!

La niña se sonrió.

— Pero ¿por qué has obstruido el resorte de la puerta? preguntó Amurates clavando una mirada en su hija, en cuyas mejillas brotó una ráfaga ligera de púrpura.

— ¿Por qué? y no temeis que alguno descubra el resorte y me sorprendan?

— ¡Es imposible! Por un extremo de la galería estoy yo y por otro tu nodriza. Además, ¿crees que tienes á tu alrededor hombres libres como en ese maldito occidente de Europa? no reflexionas que todos se agitan en tu torno con la cadena de la esclavitud?

La jóven colmaba de caricias á su padre, y de repente brilló una lágrima furtiva en la estremidad de sus largas pestañas.

— ¡Dadme un beso! exclamó con una entonación difícil de describir! un beso bien ardiente, padre mio!

Preocupado Amurates, no advirtió las emociones que cruzaban el corazón de la jóven como las figuras el fondo de un kaleidóscopo.

Y abarcando su preciosa cabeza con ambas manos, le depositó en la frente, tersa cual mármol de Pafos, un cariñoso y húmedo beso.

— ¡Adios, padre mio, duerme bien!

— Buenas noches, Delia, piensa que un solo grito tuyo, nos levantaría á todos al momento... ¡Ea! afuera el miedo!

— Si..... si..... padre mio.....

— Adios.....

Y tomando la bujía, Amurates se volvió á su dormitorio con el corazón un tanto tranquilo.

Media hora despues soñó que Frari se inclinaba sobre él destellando los átomos de una sonrisa tremenda.

Despertó sobresaltado y oyó los zumbidos del viento que gemía en el patio y azotaba los cristales de la casa.

El negro se llevó una mano á la frente y meneó la cabeza en ademán de desesperación.

— ¡Te has propuesto hacerme esperar! Pues bien; ¡quiere decir que yo no demoraré mucho el castigo á que tus costillas se hacen acreedoras!

— ¡Oh! ya sé que podeis matarme sin responsabilidad, señor, suspiró con amargura el negro.

— Pues responde satisfactoriamente.

— Preguntadme, señor.

— ¿Qué visita he tenido hoy?

— Ninguna, señor, ninguna.

— ¡Pero yo me vuelvo loco decididamente! exclamó Amurates: ¿será posible que todo haya sido un sueño?

— ¡Ay, señor! si no quereis creerme, preguntad á los criados uno por uno, y os dirán sin duda lo mismo que yo.

— ¿Con que he estado solo hoy?

— Me dijisteis que para todo el mundo permaneciais invisible.

— Esa circunstancia la recuerdo. ¡Demonche! demonche! se me va la cabeza sin remedio.

El negro bajó los ojos, ocultando una sonrisa infernal bajo su ancha y aplastada nariz.

Medió un minuto de profundo silencio.

— Escucha, dijo Amurates: ¿quién me llevó al lecho cuando me desmayé?

El negro dió un respingo de admiración, y tendiendo los brazos, retrocedió un paso.

— ¡Vos desmayado! murmuró estupefacto, vos desmayado! ¿Cuándo, señor? ¡Vamos, voy creyendo que en efecto habeis perdido la razón!

— ¡Voto al infierno! tartamudeó Amurates ébrio de coraje; ¡tú te burlas de mí, miserable!

— ¡Yo, señor! yo!

— ¡Rayos!

— ¡Ay! Dios mio! Dios mio!

Y dejando la bujía sobre una mesa, cruzó el negro las manos ante su amo con espresion indefinible de candor, de resignación y humildad.

Entonces Amurates se pasó la mano temblorosa por su frente livida y arrugada.

Y por un extraño contraste, por una reaccion del cerebro, las ideas de Amurates, aplacado con la ovación del negro, parecieron tomar otro rumbo.

— ¿Y la señorita? preguntó en tono gutural y lento.

— En su cuarto.

Amurates quedó pensativo y abstraído.

El negro no parpadeaba siquiera, admirado de que hubiera pasado la tormenta á tan poca costa.

— Ve, dijo Amurates, y dí á la señorita que venga á darme las buenas noches, porque quiero dormir.

Y si no, añadió con velocidad, no te molestes; ¡pobre criatura!

— Sí señor, ¡pobre ángel!

Amurates arrojó al aire un largo suspiro.

— ¿Ha sabido mi desmayo? articuló.

— ¡Señor! no volvais á las andadas; ¡señor! mirad que peligra vuestro cerebro.

— Bien, bien; procuraré olvidar.

— ¡Dios lo quiera!

— Retírate.

El negro trazó un paso hacia la puerta.

— Esperad, esperad.....

El negro, que ya estaba en el dintel, se detuvo.

— ¿Qué me quereis, señor? replicó.

— Conozco que pasaria mala noche si no veo á mi hija, y como no deseo que se moleste, voy á saludarla en persona.

Una ligera palidez surgió de repente en la broncada tez del negro.

— ¡Hermosa niña! prosiguió Amurates: ¡cuánto la amo!

— Su candor es del cielo, señor; jamás manda, siempre ruega.....

— ¡Hum! refunfuñó Amurates.

Y despues:

— Voy á darle el beso de costumbre, dijo. Dame la luz, cierra el balcon y retírate.

El negro desapareció.

En tanto Amurates, embozado en la capa, y con la bujía en la mano, salió al gabinete.



Tocada en la cabeza por la mano del negro, la estatua de la diosa Heve se abrió por la espalda de alto á bajo. (Pág. 393, columna 4.º).

la ley general, no sufro sed ni hambre, ni grandes trabajos.

— ¡Sí, desgraciado! exclamó Frari con afectada ternura y conmiseración; sí, no pasas trabajos, pero tu mujer y tus hijos gemirán en la mas horrible servidumbre.

— ¡Dios mio! Dios mio!

Y añadió reponiéndose:

— Pero concluyamos esta conversacion que me costará cara si el amo oye alguna palabra.

— No tengas miedo: ¿dudas aun de lo que te digo? Yo he quebrantado las cadenas que te oprimian, he recogido el ala que te fallaba. ¿Desprecias la libertad que te doy? Además, añadió Frari sacando un bolsillo atestado de zaquines de siete piastras, todo esto para ti. ¿No estás cansado de padecer? por qué no te levantas erguido, frenético, y vuelves hierro contra hierro? por qué no tremolas el látigo y te proclamas señor?

— Pero ¿cómo quieres que tenga valor para asesinar al que me ha dado de comer?

— ¡Desgraciado! ¿Y quién te habla de sangre?

El negro dió un salto sobre si mismo.

— ¡Bien! bien! exclamó, entonces bien!

— Toma el bolsillo.

— Gracias, señor.

— Gana los criados, y con las demás monedas busca á tu familia luego que estes en libertad, y vuelves á tu isla.

— ¡Dios mio! qué gozo!

— Además me tendrás prevenidos en el gabinete cuatro ó seis camelotones.

— Pero ¿qué vais á hacer con mi amo? cuál es vuestro objeto? le vais á tratar con mucha crueldad?

— ¡Eso no os incumbe! repuso Frari con dignidad.

— ¡Ah! no me incumbe!.....

— Vamos, no ser pusilánime, señor ayuda de cámara.

— ¡Oh! yo tengo buen corazon.

— Me alegro.

— ¿Con que os lo vais á llevar por lo visto?

— Si.

— ¡Pero él no se dejará!

— Está desmayado.

— Nada sabia, señor.

— Mi vista le aterra; una palabra que salga de mis labios le anonada, y el contacto de mi mano le paraliza la sangre.

— ¡Ch, Dios mio!

— Déjate de exclamaciones y atiende.

— Os escucho, señor, os escucho; porque vos teneis un poder mágico y sobrenatural.

Frari se sonrió.

— Cuando yo te avise debes subir á tu amo al lecho, y cuando vuelva en si, negar completamente tanto que ha estado desmayado, como que le ha visitado un extranjero; y si no lo ejecutas así, ¡ay de tí, miserable esclavo!

— Os seré puntual, señor, con tal que no le asesineis.

— Descuida, que tu amo vivirá con una vida que le valiera mas la muerte.

El negro se limpió el sudor.

— ¿Y os iréis ahora? tartamudeó, os iréis ahora?

— No; que ya es tiempo de que principiemos la tercera parte del drama que estamos ejecutando.

— ¿La tercera parte, señor?

— Ya lo creo; pero ¿dónde me esconderás?

— ¿Dónde?

— Es indispensable.

— Tengo un escondrijo.

— Veamos.

— Un escondrijo excelente, pero.....

— Vaya, fuera de obstáculos; conduceme á él.

— Es que para ello tenemos que cruzar el gabinete de mi señor, y nos espondriamos.

— No importa, tu señor está desmayado.

— Esa es una circunstancia que nos favorece, y me decido á esconderos.

Y penetró en el gabinete; pero al ver tendido sin conocimiento á Amurates, retrocedió un paso asustado.

— ¡Pobre señor! murmuró; el corazon se me salta!

— ¿Te arrepientes?

— Cumpliré mi palabra, tartamudeó el esclavo.

— Entonces adelante.

— El negro se metió una mano en el pecho y sacó una llavecita mohosa.

— ¡Oh! si mi amo hubiera sabido que poseia esta llave! exclamó semi-aterado.

Y con mano temblorosa la introdujo en la cerradura de la puerta que existia trás del tapiz de Persia.

— ¿Dónde me vas á esconder? preguntó Frari mirando á su conductor de reojo.

— ¡Ah! ya lo veréis, señor.

— Pero es que yo quiero tener salida y no deseo emparedarme.

— Tomad la llave y con ella podeis abrir por dentro cuando os acomode.

— Está bien.

Y pasaron á la galería en que despues estuvo Amurates.

— Esta otra puerta, señor, dijo el esclavo llegando á la que habia al final de la galería, la abro sin necesidad de llave. Un dia sorprendí el secreto de un resorte que tiene..... ¡Mirad!

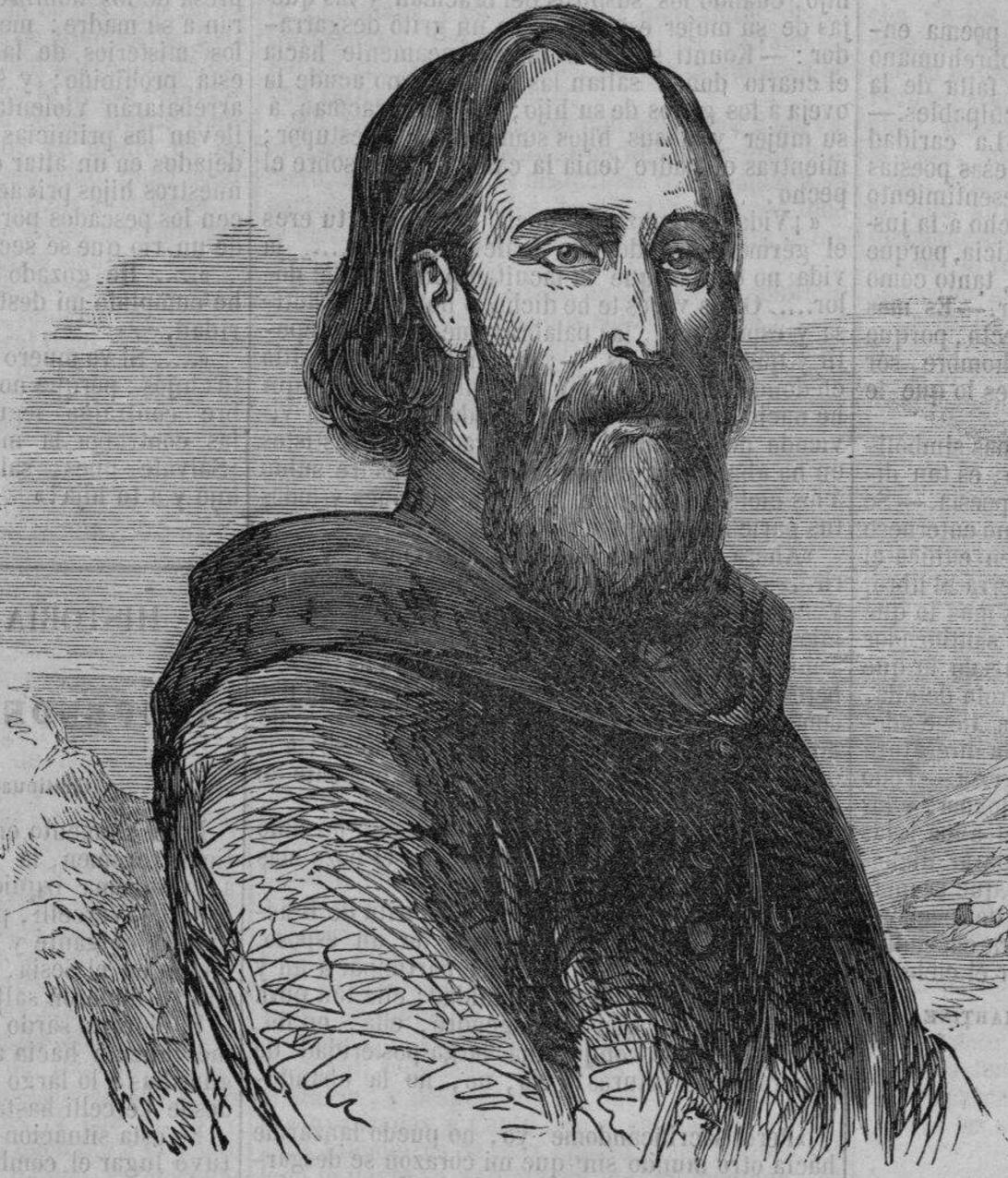
Y tocando en cierta parte, se franqueó con efecto la puerta.

— Entrad, dijo el negro.

El gabinete se hallaba amueblado con un gusto exquisito, viéndose al fulgor de la luna que giraba hácia las nubes que empañaban el cielo, un balconcillo de hierro que daba á un jardin, al lado, una enorme estatua, la diosa Heve, que sostenia en su mano de bronce una copa de agua perfumada, que al mismo tiempo que simbolizaba la Ambrosia que suministró en el olimpo á Júpiter, servia tambien para que la hija de Amurates se lavase las manos. En frente de la estatua se destacaba la puerta de cristales de un dormitorio tapizado de damasco blanco con gruesas flores color de oro.

— ¿Y la señorita? preguntó Frari. ¿No cometemos una imprudencia llegando hasta su habitacion, segun creo?

— ¡Oh! no hay cuidado; ahora está de visita.



EL GENERAL JOSEPH GARIBALDI, COMANDANTE EN JEFE DE LOS CAZADORES DE LOS ALPES.

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion.—Véase el n.º 23).

Por último, los dos esposos se ven delante de los padres de Damayanti.—Su diálogo y su reconocimiento, siempre ambiguos y suspensos por la transformacion del héroe en conductor de carros, no tienen ni modelo ni imitacion, por lo patéticos, en ninguna literatura.

Nala reprende á su esposa de haber pensado en escoger otro esposo.—Esta le confiesa que esa falta aparente era una astucia de su amor, para que impulsado por los celos, se diese á conocer.—Los dioses dejan caer una lluvia de flores que inunda á la esposa para atestiguar su pureza; y Nala reaparece bajo su verdadera forma y su primitiva hermosura.—«La jóven de mejillas encendidas, atrae hácia su seno la cabeza de su bien amado, suspira y se sonríe á la vez, y pasan la noche contándose cómo habian errado por el bosque, sin guía, sin vestidos y sin alimentos.

XXXVIII.

Nala, purificado de sus faltas por el perdon del amor, entra en sus estados, seguido de Damayanti, de sus hijos y de sus servidores, y lo reconquista en una batalla á su hermano que se lo habia usurpado.—Despues de haberlo vencido, lo perdonó y dióle la mitad de su reino; y en su felicidad no reconoció á sus enemigos, y llevó su

mesita, penetró en el dormitorio y salió con un neceser en la mano,

Puso el neceser sobre la mesita, y arrojando entonces lejos de sí el velo que tenia doblado sobre la frente, se recostó en un precioso cojin de terciopelo amarillo.

Y apoyando la mejilla en la palma blanquisima de la mano, bajó los párpados y arrojó un suspiro.

Despues, con la boca entreabierta, y como reteniendo el aliento, fijó la vista en el balconcillo que daba al jardin.

De repente, entre el murmullo del viento que vagaba sobre las copas de los árboles, se oyó una voz dulcisima acompañada de un suave instrumento de musica.

La jóven se levantó con velocidad, y tomando la bujia, la asomó al jardin, volviendo á ponerla en la mesita.

Un instante despues Frari aplicó la oreja á un oido de la estatua.

Y oyó un sonido como el que producirian unos garfios de hierro lanzados al barandal de un balcon.

Habia cesado de tañer el instrumento de música; pero la voz se percibia cercana.

—¿Por qué experimento tanta delicia cuando toco con mis labios la suave tez de tus manos? oyó esclamar Frari.

—Sin duda porque mi corazon es tuyo, Crovertó, contestó la hija de Amurates.

—¡Dios mio! Dios mio! articuló Frari en el vientre de la estatua: ¿ha dicho Crovertó? será el hijo del astrólogo?

Y aplicando el oido con ansiedad.

—¡Oh! dijo la jóven, tu amor me dá ánimo! ¿Podias dudarle?

(Se continuará)

LA GUERRA

ITALIANA

(Se continuará)

—Pero ¿y cuando vuelva? Entonces seré descubierta.

—No tal.

—Yo os esconderé perfectamente.

—¿Aqui? Veamos

—¿Dónde os parece que estais mas seguro?

Lanzó-Frari una ojeada alrededor y no viendo sitio oportuno para esconderse, respondió:

—En ninguna parte.

—El negro se acercó á la estatua de la diosa Heve, y tocándole en la parte posterior de la cabeza, sonó un chirrido y se abrió su espalda de alto á bajo.

—Frari sin preguntar se precipitó en aquel escondrijo.

La estatua volvió á juntarse y ni el mismo Júpiter hubiera sospechado que existia tan terrible hombre en el vientre bronceado de su célebre coperá.

—El esclavo, volviendo al gabinete, tomó en brazos á su señor y le depositó en el lecho, sucediéndose despues la escena que hemos tenido lugar de presenciar.

CAPITULO XI.

LOS OJOS Y OIDOS DE LA DIOSA.

Cinco minutos despues Frari sintió abrir de nuevo la puerta y aplicó los ojos á los de la estatua, cuyos párpados eran transparentes, aunque imitando el color del bronce.

Y vió entrar en el gabinete á una esclava que llevaba una bujia en la mano, seguida de una jóven en la que Frari creyó adivinar á la hija de Amurates.

Tomó la jóven la bujia y despachó á la esclava con un signo de imperio.

—Luego que estuvo sola, dejó la luz sobre una

caridad divina hasta perdonar al dios celoso que habia causado sus desgracias.

El comentador cristiano de este poema encuentra en ese perdon universal y sobrehumano del héroe una falta de moral y una falta de la justicia, que debia castigar á los culpables.—No compartimos de dicha opinion.—La caridad á todo precio, que es el carácter de esas poesias sagradas de la India, y que es el presentimiento de otra caridad, es superior en mucho á la justicia.—La caridad es mas que la justicia, porque es la divina bondad imitada de Dios, tanto como la criatura puede imitar al Creador.—Es mas todavía; es el deber del hombre perfecto, porque si el sér infalible puede castigar; el hombre, sér falible, debe perdonar siempre que es lo que le concierne.

La moral de esos dos grandes poemas simbólicos y sagrados de la India primitiva, es tan divina como sublimidad contiene su poesia.—Se desprende una emocion de ellos, que no enternece solo la imaginacion, sino que tambien edifica el corazon del hombre.—Cuando se cierra el libro, no está un encantado solamente, es mas lo que se experimenta, porque el poeta es el santificador del alma, y no es la embriaguez tan solo lo que sale de la lira, el incienso tambien brota de ella.

Esta literatura sagrada de la India tiene además un carácter que la acerca á la literatura hebrea, que es exclusivamente religiosa.—Todo poema es un símbolo que reviste un dogma, y los versos son las alas que trasportan el alma á las regiones celestes.—Se pueden comparar dichos poemas de grandes sacrificios en los que la imaginacion, el sentimiento y el genio del poeta se consumen de entusiasmo en la hoguera encendida para iluminar á los hombres y honrar el cielo.

LAMARTINE.

PLATICA QUINTA.

I.

Principiemos esta quinta plática por el análisis de un pequeño drama filosófico y moral, estampado en las páginas de ese vasto poema del *Mahabharata* como si fuera un arabesco, que no sobrepasa los límites de algunos minutos de atencion, y que mas se asemeja á un apólogo humano que á un canto épico.—Se intitula *El Bracman infortunado*.—El poeta es desconocido.—Leamos:

Durante la guerra entre dos pueblos de los cuales uno fué exterminado, un pobre bracman recibió en su casa por caridad, á dos jóvenes de los vencidos y á su madre, que trataban de ocultarse de los vencedores: en la ciudad que habitaba el pobre bracman, gobernaba un jefe cruel llamado Bahas, y que habia impuesto un tributo de sangre á los vencidos.—Cada dia debian llevarle uno de los principales habitantes para inmolarles á su venganza.—Erales permitido á los esclavos el rescatar á sus amos muriendo por ellos; y á los hijos se les concedia tambien el que se sacrificasen por sus padres.—Aquí principia la narracion dialogada del poeta épico.

«Una noche, Kounti, que así se llamaba la madre fugitiva, que el bracman habia recogido, habiase quedado sola con uno de sus hijos, llamado *Bhima*, mientras que los otros niños habian ido á mendigar el sustento por la ciudad.—De pronto oyó gemidos y sordas y ahogadas lamentaciones que salian de la habitacion de su huésped el bracman.

«Cuando sus hijos entraron: «Hijo mio, le dijo á *Bhima*, habitamos en paz y en seguridad, en casa de este venerable sacerdote, y todos los dias me pregunto con ansia, el cómo pudiéramos recompensarle los servicios que le debemos; porque uno no es verdaderamente hombre si no recordamos los beneficios, pagando duplicado, si es posible, el bien que nos hayan hecho los demás.... Hé aquí, hijo mio, el por qué quisiera conocer la causa del dolor que aflige al bracman, y aliviar su pena si es posible.»

«Sí, madre mia, dijo *Bhima*, sepamos la causa de ese dolor y nada me costará el aliviarlo.»

Hablaban como llevamos dicho la madre y el hijo, cuando los suspiros del bracman y las quejas de su mujer estallaron en un grito desgarrador:—Kounti se lanzó instantáneamente hacia el cuarto donde salian las voces, como acude la oveja á los gritos de su hijo; y vió al bracman, á su mujer y á sus hijos sumidos en el estupor; mientras el padre tenia la cabeza caída sobre el pecho.

«¡Vida vergonzosa! decia el padre, tú eres el germen de todos los males; la vida.... la vida no es mas que la facultad poderosa del dolor.... Otras veces te he dicho, ó noble sacerdotisa y esposa mia, las palabras que te voy á repetir y que recordarás:—¡Huyamos hacia un sitio en donde reine la paz! Y me contestaste:—¡Aquí he nacido y me he criado, quedémonos en la vivienda de mi padre!.... ¡Desgraciada! insististes en no abandonar estos lugares, y tu padre subió á los cielos, tu madre lo siguió despues y todos tus parientes han muerto!....

«Ahora es la mia la que se aproxima, y moriré.—No, yo no puedo salvar una vida cobarde y criminal, dejando morir por mí uno de los míos!.... ¡Mujer piadosa, tú á quien venero como á mi madre, esposa casta y entregada á tus deberes, tú á quien los dioses me han enviado por compañera, tú mi soberano bien, tú la madre de mis hijos, no te puedo entregar á la muerte, á ti que eres tan buena, tan tierna y tan inocente de todo mal!

«¿Y mis hijos? dejaré que inmolen á mi niño en tan tierna edad, cuando ni aun el bozo mas imperceptible cubre sus mejillas?

«¿Y mi hija? ella que el puro espíritu de *Bracma* la ha formado para la casa de un esposo, ella que con su pureza me hace participar á mí y á mis antepasados de su virginidad; ella tan pura como el dia en que se engendró; ella, en fin, en cuyo seno se cobija una larga posteridad de generaciones futuras? No, no, no la abandonaré.

«Pero sacrificándome yo, no puedo lanzarme hacia otro mundo sin que mi corazon se desgarrare.—¿Cómo vivirán si les falta? ¡Estoy sumido en un abismo de ansiedad y de dolor! ¿En dónde encontraré un asilo para mí y para los míos? ¡Ah, vale mas morir todos juntos!»

II.

Aquí concluye el primer canto del *Bracma*.—El segundo principia con el sublime discurso de la mujer, que, tan tierna como sentenciosa y al revés de los amigos de Job, trata de consolar á su esposo, convenciéndole de que ella sola debe morir por él.—Para tener una idea de la elevacion y de la santidad de los sentimientos que animaban aquella sociedad conyugal de la India primitiva, seria necesario leer por completo ese admirable apóstrofe de la esposa al esposo.

«No es necesario que te lamente de ese modo como si pertenecieras á la raza del hombre vulgar, le dice ella.—Todos los hombres caminan hacia la muerte, porque es el orden inevitable de la naturaleza.—¿Por qué te quejas, pues, de lo que es una necesidad universal? El hombre por la salvacion de su alma, desea una esposa, un hijo y una hija: tu los tienes.—Modera tu dolor; yo soy la que debo morir, que es el sublime deber de la esposa, sacrificando hasta su vida por su esposo.—Una vez que esté el sacrificio consumado, tú vivirás tranquilamente en la tierra, y yo viviré eternamente en el cielo; y adquiriré la gloria de haber cumplido con un deber.—Te he dado todo lo que puede dar una mujer á un hombre: un amor, un hijo y una hija; mi deuda, pues, está satisfecha.—Tu podras alimentar y proteger á estos dos niños; yo por mi sexo soy incapaz de hacerlo.... Del mismo modo que los pájaros cuando tienen hambre, se posan en un campo sembrado; así los hombres se aproximan á una pobre mujer privada de su esposo..... ¿Si me fatigan con sus ruegos, seré culpable de mantenerme en esa rectitud de conducta que debe seguir un alma virtuosa?... ¿Y esa joven, la sola de su raza, virgen pura y sin mancha alguna, cómo la conduciré por la senda que han

ilustrado su padre y sus abuelos?—Tal vez sea presa de los hombres perversos, que no respetarán á su madre: me alejarán, querrán conocer los misterios de las escrituras santas, que les está prohibido; y si quiero defenderla, me la arrebatarán violentamente, como los héroes se llevan las primicias de los sacrificios ofrecidos y dejados en un altar desierto!.... ¡Ay! perecerian nuestros hijos privados de su madre, como perecen los pescados por la falta de agua en el lecho de un rio que se seca.

«..... He gozado de las felicidades de la vida, he cumplido mi destino y te he dado una posteridad.

«..... Si yo muero, encontrarás otra madre para tus hijos: porque no es una falta el que un hombre contraiga segundas nupcias; pero el que las contraiga la mujer, es un gran crimen.—¡Sálvate, pues, salva á tus descendientes, á tu hijo y á tu hija!»

(Se continuará.)

HISTORIA DE LA GUERRA

DE LA

INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.—Véase el n.º 24).

En el momento en que terminaba nuestro último resumen, la division piemontesa Cialdini, á la extrema izquierda de los aliados, ocupando á Borgo-Vercelli, protegía la construccion de un puente colgante y la reparacion del puente de piedra en el Sesia, del que los austriacos al retirarse hicieron saltar dos arcos.

El ejército sardo, al mando del rey, hizo un movimiento hacia adelante, colocando sus vanguardias á lo largo de la orilla derecha del Sesia, desde Vercelli hasta su embocadura en el Pó.

En esta situacion el ejército aliado, fué cuando tuvo lugar el combate de Montebello.

Uno de los grabados que hoy reproducimos, representa este combate. Montebello es uno de los puntos mas pintorescos y risueños de los Apeninos; y sin embargo, este paisaje encantador parece predestinado á grandes luchas; esa tierra, cubierta de abundantes cosechas y de frescas flores, parece predestinada á verse regada con la sangre de las batallas, porque todo él constituye una posicion militar y un punto estratégico. Esta llanura, que se estiende entre las montañas del litoral tireniano y el Pó, es la misma por donde avanzaban las romanas legiones hacia la desembocadura de los Alpes, por la parte de Occidente; tambien era el lecho donde rodaban esos torrentes de bárbaros, que desde las gargantas de las montañas se precipitaban sobre Italia. El camino real que recorre este valle, no es otro que la vía *OEmilia*, que los romanos defendieron por una plaza fuerte llamada Castellum, de la que Casteggio no conserva mas huellas que la etimología de su nombre. Así, pues, solo medio siglo separa apenas los dos combates que Francia ha dado á Austria, las dos victorias que han ilustrado las banderas del ejército francés.

El 20 de mayo último, un oficial de caballería ligera piemontesa recorria esta llanura á todo galope, lanzando en todos los puestos que hallaba á su paso el grito de—«¡A las armas! los austriacos!»—y proseguía su camino hacia Voghera, donde tenia su cuartel general la primera division del primer cuerpo, á las órdenes del general Forey.

Una columna de austriacos, cuya fuerza no podia calcularse, avanzaba por el camino de Stradella, á fin de ocupar á Casteggio, arrollando á su paso á gran parte de la caballería piemontesa, cuyos ofensivos ataques eran los únicos que contenian su marcha.

El general Forey, al saber esta noticia, escogió dos batallones del 74, y una seccion de artillería, y despues de dar orden á su division de que le siga adelantase atrevidamente á fin de detener los frentes de columnas enemigas que desembocan á la vez por el ferro-carril y el camino real, bajo la pro-

teccion de una numerosa artillería, colocada ya en un ligero contrafuerte de la colina, que forma una especie de grada delante de Montebello. Esta artillería, cuyas descargas iban barriendo la llanura, une en seguida su fuego al de los numerosos tiradores, que al aspecto de las tropas francesas, surgen súbitamente de en medio de los campos de trigo. Desde este momento pudo conocerse la superioridad de las fuerzas austriacas.

La brigada del príncipe de Hess, apoyada por la brigada Bils, avanzaba por la llanura tras un numeroso cuerpo de tiradores, mientras la division del feld-mariscal Urban, teniendo por reserva la brigada del mayor general Gaal, y flanqueada por el tercer regimiento de tiradores, desembocaba de Montebello é iba á coronar el punto de Genestrello, cuyo ámbito ocupaba firmemente.

Sin embargo, el coronel Cambriels, sostenido por brillantes cargas de caballería sarda, detiene la derecha del enemigo con un batallon del 74, ó mas bien, menos de un batallon, con algunas compañías, sosteniéndola de un modo tan heroico, que á pesar del vivísimo y nutrido fuego no retroceden un paso. Durante este tiempo, la brigada Beuret cubre con un fuego mortífero las alturas ocupadas por la izquierda del enemigo, quien, por su parte, renuncia á seguir avanzando. La artillería francesa, á pesar de las dificultades que opone á la marcha de las piezas la llanura casi impracticable por las lluvias de los días anteriores, toma posición no obstante el sostenido fuego del enemigo; apenas los artilleros franceses hacen uso de la batería, cuando los austriacos reconocen la exactitud y efecto terrible de los cañones rayados, cuyo fuego se ensaya por primera vez en el campo de batalla.

La llegada de los regimientos franceses comunica nuevo vigor á la línea de los aliados. El general Blanchard, que acaba de rechazar á una columna enemiga que se habia adelantado hasta Oriolo, refuerza el batallon del 74 con el 98 y un batallon del 91, y obliga al enemigo á evacuar á Casane-Nuova, donde se habian establecido sus tiradores.

El general Forey creyó llegado el momento de dar al enemigo un golpe decisivo. Una columna de ataque, dirigida por el general Beuret, vuelve á Montebello, en tanto que el resto del ala derecha ataca á los austriacos, y hace que desaloje á Genestrello. Este es el momento supremo; empéñase el combate con nuevo vigor. El general de Sonnaz, al frente de la caballería sarda, carga de firme á los austriacos, que no pueden soportar el choque, y les obliga á abandonar todos los puntos. El feld-mariscal Stadion, que desde las alturas de la ciudad, donde ha establecido su cuartel general, sigue el movimiento del combate, solo tiene tiempo de dar orden á su artillería de que se retire inmediatamente, á fin de no caer en poder de los aliados; los austriacos no pueden ni aun defender las casas de Montebello, á donde se han atrincherado. En este momento es cuando el general Beuret cae herido de una bala mortalmente. El general Forey le reemplaza, poniéndose al frente de sus soldados.

«Soldados, les dice, esta ciudad se llama Montebello, nombre de victoria; hagámonos dignos de este nombre.»

Entonces todo cede al impulso de su ejemplo. El cementerio, último reducto donde se atrincheraron los austriacos, cae en poder de los franceses, despues de una lucha encarnizada. Por todas partes van en retirada. Sus largas columnas rotas, dispersas, cubren la llanura y los caminos de sus desorganizadas masas. Veinticinco mil austriacos huyen ante seis mil aliados.—Tal ha sido el glorioso principio de la campaña actual.

Aquella misma noche el emperador Napoleon quiso ir en persona á felicitar á los vencedores; al día siguiente dejaba á Alejandria, pasaba las llanuras de Marengo, y llegaba á Voghera.

Los austriacos no han empezado aun su movimiento sobre Toscana. Así, las tropas modenenses, despues de un ataque bastante débil contra Carrara, defendida por los toscanos y los piemonteses, se han replegado primero sobre Aulle y Fivizzano, y despues tras los Apeninos. La bandera

de la independencia italiana ondea de nuevo en la Lunigiana y en el distrito montañoso de la Garfagnana, y el general Ribotti ha entrado en Parma con tropas toscanas. Las de la duquesa se han retirado sin combatir.

En Toscana se organiza con actividad á los voluntarios de la Romanía, que llegan en gran número, á pesar de los obstáculos que oponen á su partida las autoridades pontificias, y sobre todo el clero, generalmente hostil á la causa de la independencia.

En Cessena ha estallado un sangriento conflicto entre los soldados llamados suizos, pero la mayor parte son alemanes, y los voluntarios que marchaban, de los que algunos eran reclamados por los oficiales suizos como pertenecientes á sus cuerpos.

Garibaldi, despues de haber pasado el Tesino hácia Sesto Calendo, en el punto en que este rio sale del Lago Mayor, y dejado un destacamento para guardar este paso, se ha dirigido hácia Varese, villa de 8.000 habitantes, al pié de las montañas, á 55 kilómetros al nordeste de Milan, donde entró sin resistencia el 23 de mayo. En Varese, donde la bandera tricolor italiana fué enarbolada con entusiasmo por la población, y donde se reclutaron ininidad de voluntarios, rechazó, despues de un combate encarnizado, un ataque de los austriacos procedentes de Como; despues, habiéndose puesto en marcha apoyándose en la izquierda, este atrevido partidario recorrió la frontera suiza hasta la altura de Chiasso, desde donde bajó á la derecha por Borgovico, sobre Como, que ocupó el 27 por la tarde despues de una lucha bastante viva. Esta ciudad, situada al extremo sur del lago á que da su nombre, es importante por el guarismo de su población, su industria y su cualidad de capital de provincia. Las últimas noticias nos presentan á Garibaldi recibiendo refuerzos de hombres y de artillería; y despues de un nuevo combate llevó sus avanzadas á Cantú, en el camino de Milan, á 30 kilómetros de esta ciudad. Los buques del lago le llevaban voluntarios de la montaña. El comisario piemontés Visconti-Venoste, con ayuda de las autoridades locales, organizaba la administración, y sobre todo las milicias del país emancipado. Lesco habia sido abandonado por los austriacos. Las comunicaciones telegráficas estaban cortadas entre Milan y la Valtelina, que se armaba al nombre de la independencia italiana.

La insurrección de este valle, regado por el Adda superior, y que contiene una población de cerca de 70.000 montañeses, tendria tanta importancia, cuanto que podria cerrar á los austriacos el paso del Stelvio, comunicacion la mas corta para venir del Tirol, y sobre todo del Voralberg á Milan.

El general Urban estaba en Monza, á unos 20 kilómetros de Cantú; se disponia á marchar contra Garibaldi.

Un cuerpo piemontés, encargado de ayudar á Garibaldi, habia pasado el Tesino hácia Sesto Calendo, á pesar de la oposicion de los austriacos que habian intentado volver á tomar posesion de esta pequeña ciudad, á fin de cortar las comunicaciones de Garibaldi con las tropas que debian apoyar sus operaciones.

Los austriacos continuaban siendo dueños de Laveno, puesto situado en la orilla oriental del Lago Mayor, atacado, en vano, por los insurrectos.

El general Niel, comandante del cuarto cuerpo francés, habia entrado en Novara, despues de un ligero combate. Así, Vercelli, Novara, Sesto Calendo, trazan la línea ocupada al norte por los aliados.

La division piemontesa Cialdini, cuyas avanzadas estaban en la orilla izquierda del Sesia, pasó definitivamente esta orilla el 30 de mayo, al mando del rey mismo, y conquistó á la bayoneta las trincheras colocadas delante de Palestro, Vinzaglio y Casalino, donde se hallaba la derecha de los austriacos, prolongándose hácia Orfenda.

El cuartel general piemontés se estableció en Torrión, entre estas ciudades y el Sesia.

Al siguiente día 31, los austriacos volvieron á tomar la ofensiva, y atacaron en fuerza la ciu-

dad de Palestro, procurando desbordar la derecha de los piemonteses y separarlos del puente colgante sobre el Sesia, por el cual debia verificar su anexion el cuerpo del mariscal Canrobert. Pero un ataque impetuoso del 3.º de zuavos agregado momentáneamente á la division Cialdini, la cual, sin disparar un solo tiro, atravesó un canal y destruyó una batería enemiga colocada en una altura, y la ofensiva enérgica de los piemonteses desbarató esta tentativa. Los austriacos se retiraron, dejando en poder de los aliados ocho cañones y mil prisioneros.

La division Trochu, del tercer cuerpo, que se vió algo comprometida, sostenia este movimiento.

En el mismo instante la division Fanti, que formaba la izquierda de los piemonteses, era atacada en Confienza, á cuatro kilómetros de Palestro, en direccion á Novara, y rechazaba al enemigo despues de dos horas de combate.

Segun las últimas noticias, el cuerpo del mariscal Canrobert hallábase todo entero alrededor de Vercelli, donde el emperador habia establecido su cuartel general; la guardia estaba en marcha, y habia pasado mas allá de Casal.

Así, en el momento mismo en que el enemigo debia creerse amenazado por su izquierda, que fortificó con cuidado, era atacado por su derecha; no solo habia perdido la línea del Sesia, sino tambien la del Tesino por la parte del Lago Mayor, y amenazado mas abajo por el 4.º cuerpo francés.

En cuanto á la ocupacion anunciada de Bobbio, en las alturas de Trebbia, solo ha tenido por objeto cubrir la marcha tantas veces anunciada de un cuerpo procedente de Casal Maggiore sobre Módena y la Toscana, ó secundar un ataque por la parte de Pavia contra el cuerpo del Mariscal Baraguay d'Hilliers, que será á la vez atacado de frente y por su derecha.

Por lo demás, en el momento en que estas líneas aparezcan, los hechos habrán respondido á todas las suposiciones.

BIOGRAFÍA DEL GENERAL GARIBALDI.

José Garibaldi es piemontés, y á la vez casi francés. Nació en Niza, el 4 de julio de 1807, es decir, cuando esta ciudad galo-italiana era la capital del departamento de los Alpes marítimos.

Su educacion fué la de un marino. Empezó á servir desde niño en la marina sarda, donde se hizo notar por su energia y su sangre fria. La audacia que desplegó en muchas tempestades para librar de la muerte á los desgraciados que iban á ser víctimas de las olas, dió á conocer su intrepidez, haciéndole acreedor á la estimacion universal. Ya habia obtenido el grado de oficial, y con él la confianza y amistad de sus jefes, cuando sus preocupaciones políticas le cortaron su carrera de marino. La emancipacion de Italia era ya toda la pasion de su alma ardiente. Comprometido en una conspiracion, vióse obligado á refugiarse á Francia primero, y luego á Africa, donde sirvió algun tiempo como oficial subalterno en una corbeta del bey de Túnez; pasó, en fin, á América, donde obtuvo el mando de la escuadra armada por el Uruguay contra Buenos Aires.

La intervencion anglo-francesa puso término á sus funciones. Entonces apareció en Montevideo al frente de la legion italiana, donde no fué menos temible para Rosas que sobre el puente de su escuadra.

La guerra de la independencia lo llevó en 1848 á su patria, el Tirol, donde asistió á la lucha de Carlos Alberto contra Austria, llevando la audacia hasta la imprudencia, y el valor hasta el heroísmo. Milan sucumbió, Garibaldi no fué vencido; se retiró ante la fuerza.

Despues fué á América, donde con noble sencillez consagró al trabajo la mano que tan generosamente habia manejado la espada. El general se volvió á su vez fabricante, negociante ó marino: Nueva York, California, China, le vieron proseguir su ruda tarea, con una lealtad y desinterés, que dejaron por dó quiera nobles y afectuosos recuerdos. El Perú le ofreció en 1852 el mando de sus tropas; pero el amor al país habia dejado un vacío tan doloroso en su corazón,

que prefirió el mando de un buque en su patria, a los honores del mando supremo en un imperio del Nuevo Mundo. Alguna cosa parecía decirle que la hora de la independencia de Italia se acercaba; y en efecto, apenas sonó esa hora, presentóse Garibaldi á ofrecerle generosamente su sangre y su espada.

Hasta el día, cada paso que ha dado en el antiguo teatro de sus triunfos, ha sido una victoria. Desde Varesse pasó á Como, en cuya ciudad toda la juventud se levantó en masa para formar su primer escuadrón....

Hoy todo el Oeste de la Lombardia está ya en pie y armado á su voz.

M. GARCÍA GONZALEZ.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Equilibrios estables, inestables é indiferentes. — Choque de los cuerpos: estudio de los fenómenos que originan. — Empleo de los cuerpos elásticos en la industria. — Del péndulo: su division en simple y compuesto. — Fuerzas centrales: centripetas y centrifugas. — Estudio y aplicación de las mismas.

Después de haber manifestado al terminar el artículo inserto en el número 23 de este SEMANARIO, la diferencia que media entre los estados de reposo y de equilibrio, creemos conveniente manifestar, que vulgarmente se comprende el equilibrio como cuestion de destreza ó de agilidad; así es, que un cono que reposa sobre su vértice, se dice por la generalidad que se encuentra en equilibrio; cuando no es menos evidente que también se halla en equilibrio al reposar sobre su base. Se denomina *estable* el equilibrio de un cuerpo, cuando al separarlo de su posición de equilibrio, tiende á recobrarla por sí propio. El equilibrio es *inestable* ó *instantáneo* siempre que el centro de gravedad de los cuerpos tiende á descender al menor cambio en su posición de equilibrio, caso que se presenta en general, cuando reposan los cuerpos sobre un punto, sobre una arista ó sobre una base de pequeña estension. Por último, el equilibrio se denomina *indiferente*, cuando el centro de gravedad permanece invariable al actuar sobre el cuerpo un cambio respecto de su posición de equilibrio.

Los fenómenos que se originan al encontrarse bruscamente dos cuerpos, dependen de la naturaleza de estos y de la velocidad que les anima al chocarse, siendo importantísimo el estudio de aquellos en la mecánica industrial; y si bien no es nuestro intento ocuparnos de su examen, efectuaremos algunas consideraciones que nos darán á conocer las variadas circunstancias que nos ofrecen los mismos. Por todos es sabido, que la materia es porosa, y que las fuerzas que unen sus moléculas, pueden actuar como resortes mas ó menos elásticos. Por lo tanto, al efectuarse el choque de dos cuerpos, sus resortes moleculares ceden y se comprimen sucesivamente; la masa entera experimenta una deformación mas ó menos intensa, poniéndose después en movimiento. Al chocar dos cuerpos, mientras que la velocidad del cuerpo que choca, escede á la del cuerpo chocado, se ejercen presiones mutuas y variables entre ambos cuerpos hasta tanto que, á efecto de las impulsiones sucesivas, hayan adquirido el mismo grado de velocidad. En este caso, cesa la presión entre los dos cuerpos, al menos durante un intervalo muy corto. Si los cuerpos que consideramos, se encuentran completamente desprovistos de toda elasticidad, ó lo que es lo mismo, si los resortes moleculares después de la compresión no tienden á recobrar sus formas primitivas, la deformación subsiste después del choque, y los cuerpos se mueven juntos con una misma velocidad, cual acontece, por ejemplo, con dos balas de plomo. En los casos en que los cuerpos sean perfectamente elásticos, ó si los resortes moleculares tienden después de la compresión á recobrar exactamente su forma primitiva, los dos cuerpos se separan ó repelen, y se mueven, bien en el mismo sentido, ó en sentido contrario, con ve-

locidades generalmente diferentes: así acontece con las bolas de goma, de marfil, etc.

Hemos estendido las consideraciones anteriores, bajo el supuesto de que los esfuerzos desarrollados en los dos cuerpos al chocarse, no son bastante intensos para originar la rotura de sus resortes moleculares, hecho que acontecería indudablemente respecto á todos los cuerpos, por resistentes que se consideren, siempre que la velocidad del choque fuese muy considerable. De las leyes que hemos espuesto en las *Lecturas* anteriores, al ocuparnos del movimiento, se deduce que el cambio que opera el choque en la velocidad de los cuerpos que se encuentran, depende de sus masas respectivas.

Por el empleo de cuerpos elásticos, que ceden al efectuarse los choques, reciben las masas impulsiones sucesivas en vez de conmociones súbitas; circunstancia que trasmite las presiones que se ejercen, según intensidades menos activas. Por esta razón se utiliza á cada momento la aplicación de los cuerpos elásticos como intermediarios en los aparatos espuestos á choques bruscos. En prueba de ello, presentemos algunos ejemplos: para sujetar los martillos y las demás herramientas que emplean los obreros al forjar, espuestas á repetidos choques, se emplean cabos de madera y ligazones elásticas, para conseguir que los operarios reciban lentamente la reacción que en otro caso heriría sus manos. Para amortiguar los choques, se emplean los resortes en los carruajes comunes; y si examinamos los vehículos de los caminos de hierro, notaremos en la construcción de los mismos, numerosos y distintos resortes que tienden á amortiguar los choques diversos á que se encuentran espuestos, mucho mas intensos que en los carruajes comunes, á causa de la velocidad á que actúan. Manifestaremos, desde luego, renunciando á presentar nuevos ejemplos de la aplicación de los materiales elásticos en las construcciones mecánicas, que por elástico que sea un cuerpo, existe siempre una deformación permanente después del choque, que es mucho mas sensible á proporción que este se reitera. Esta circunstancia explica por qué los resortes van perdiendo gradualmente su elasticidad, y de aquí la precisión de ensayos, temple y recomposiciones, que tienden á dotar á las materias elásticas de las propiedades que van perdiendo sucesivamente.

El choque de los cuerpos desarrolla esfuerzos considerables en periodos de tiempo muy breves, pero que no pueden considerarse como instantáneos; por lo tanto, no pocas veces es preciso y ventajoso, recurrir á su empleo para obtener resultados que no conseguiríamos valiéndonos de grandes presiones: el trabajo de los metales en frío y en caliente; la hincada de los pilotes y estacas; la acuñación de diferentes sustancias, y otras mil aplicaciones análogas que podríamos citar, prueban este aserto.

En muchos casos es indispensable evitar con el mayor cuidado los choques, como sucede en general en las máquinas, entre cuyos diferentes órganos debe transmitirse el movimiento sin que se originen aquellos, desarrollando simples presiones para conseguir que las masas adquieran, por grados insensibles, las velocidades que deseamos comunicarles. Si es inevitable la existencia de algun choque, deben atenuarse sus resultados desventajosos, acudiendo al empleo, como intermediarios, de cuerpos elásticos, según ya hemos dicho, y al de diferentes órganos mecánicos, como por ejemplo los volantes, que aminoran los choques é impiden su trasmisión á las demás partes de las máquinas.

Se da el nombre de *péndulo* á un aparato que consta de un cuerpo sólido y denso, que unido por los extremos de un hilo á un centro de suspensión, marca libremente la dirección de la pesantez ó de la vertical: si se separa el péndulo de su posición de equilibrio, al cabo de cierto tiempo vuelve á recobrarla; pero antes de ser así, solicitado el péndulo por la acción constante y universal de la pesantez, y en virtud de su inercia y de la velocidad ya adquirida, efectúa varias oscilaciones á ambos lados de su posición de equilibrio, cuyas amplitudes disminuyen gra-

dualmente hasta que cesa el movimiento á causa de la resistencia que actúa sobre el eje de suspensión y de la que el aire le opone. Se denomina *péndulo simple*, el que se imagina suspendido de un hilo inextensible y sin pesantez, péndulo imaginario, según le hemos calificado, para diferenciarlo de los *péndulos compuestos*, que son los que se emplean ordinariamente.

Al examinar atentamente las oscilaciones de los péndulos, se nota que estas son ó parecen ser *isócronas*, es decir, de duración igual, aunque varíen sus amplitudes, siendo sus oscilaciones á la par, tanto mas lentas, cuanto mayor es la longitud de los péndulos. En los compuestos, se denomina longitud del péndulo, la distancia de cualquiera de sus moléculas al punto de suspensión.

Cuando un cuerpo gira libremente alrededor de un eje animado de un movimiento de rotación, actúan sobre el cuerpo dos fuerzas denominadas *centrales*, cuyas acciones simultáneas y contrarias se desarrollan según vamos á indicar: una de dichas fuerzas tiende á mantener la unión de las moléculas del cuerpo con el centro del movimiento, obligando á aquellas á recorrer circunferencias, cuyos radios son sus respectivas distancias al centro. Esta tendencia origina cierta tracción sobre el cuerpo, dirigida según su radio, la cual es producto de una de las fuerzas centrales denominada *centripeta*. En virtud de su inercia, así como de la naturaleza del movimiento circular, el cuerpo ejerce una reacción igual y contraria á la fuerza centripeta, denominada *centrifuga*, que tiende á desunir las diversas partes de las llantas de los volantes, de las ruedas y de las demás piezas animadas de movimientos de rotación. Si estos son uniformes, es evidente que en tal caso permanezcan constantes las dos fuerzas centrales á las cuales nos hemos referido.

La tierra que gira alrededor del sol, la luna alrededor de la tierra, y en general todos los cuerpos celestes, al describir sus movimientos sobre sus ejes, nos ofrecen un ejemplo tan grandioso como admirable de la acción simultánea de las fuerzas centrales, y de los cuales nos ocuparemos en artículos sucesivos, después de haber espuesto en los que actualmente redactamos, los principios científicos elementales, precisos para el estudio de todos los fenómenos que surgen en el centro social en que la humanidad se halla colocada.

La intensidad de la fuerza centrifuga, que se manifiesta en los movimientos uniformes de rotación, no reconoce en su desarrollo una misma intensidad, porque esta varía con la velocidad del cuerpo y con las dimensiones del círculo que describe. El cálculo demuestra que aquella es directamente proporcional al peso del cuerpo y al cuadrado de su velocidad, é inversamente proporcional al radio de la circunferencia que describe el cuerpo. Según este principio, el grande elemento que actúa en el desarrollo de la fuerza centrifuga, es la velocidad. Dado el diámetro de un volante, por ejemplo, si su velocidad se duplica ó triplica, la intensidad de la fuerza centrifuga será cuatro veces mayor en el primer caso que en el anterior, y nueve veces mas considerable si se cumple la segunda suposición. Si siendo constante la velocidad en la unidad de tiempo, se duplica ó triplica el radio del volante, la intensidad de la fuerza centrifuga reconocerá por su valor la mitad ó el tercio de su expresión anterior.

Según hemos indicado, las moléculas de los cuerpos sobre los cuales actúa la fuerza centrifuga, tienden á separarse del centro de su movimiento, á cuya separación se oponen las fuerzas moleculares, que cuando no son inferiores en intensidad á la acción de la fuerza centrifuga, impiden la rotura de las piezas animadas de rápidos movimientos de rotación. Por ser así, se limita la velocidad de estos órganos, á fin de que no se desarrollen los grandes y peligrosos esfuerzos originados por la fuerza centrifuga. Esta fuerza se emplea en diferentes trabajos industriales, como por ejemplo, en los cilindros que se aplican para la trituración de los trapos en las fábricas de papel, en los aparatos rurales para fabricar la manteca, en varios sistemas de bombas y en di-

ferentes máquinas industriales que exigen un estudio particular.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

En las operaciones de la guerra se ha observado, según las últimas noticias, una actividad no difícil de explicar. Las acciones, los choques y sorpresas hasta aquí ocurridos entre los ejércitos beligerantes, han entusiasmado á unos y á otros, considerando todos como cercano, el momento de empeñar una batalla campal, que decida acaso de la suerte futura del suelo italiano. La concentración de 80,000 austriacos por la parte de Pavia, se ha visto confirmada por los más recientes despachos telegráficos. Las tropas aliadas oponen gran resistencia, y han conseguido en Magenta una gran victoria en la que han hecho mil prisioneros. Pero si cuentan con muchas simpatías, no puede menos de confesarse que los austriacos las cuentan también en su país muy arraigadas, como puede conocerse por la lectura de los despachos telegráficos que refieren la salida del emperador Francisco José de Viena. La aristocracia y el pueblo fueron á la estación del camino de hierro y á la carrera por donde pasó el emperador, para despedirle con vivas de entusiasmo. «La despedida hecha al emperador, dice uno de los mencionados despachos, ha sido verdaderamente entusiasta. Un pueblo inmenso con el que se confundía la clase más elevada, se agolpaba en las cercanías del ferro-carril y en toda la carrera que el soberano debía recorrer, acogiendo á S. M. I. con ardientes aclamaciones.» Otro despacho telegráfico fechado en Viena, añade que el emperador de Austria ha marchado á Italia, resuelto á sacrificarlo todo á la conservación de sus posesiones de la Lombardía, y que le acompaña en su viaje el príncipe heredero de Toscana y su hermano el príncipe Carlos. Después de la marcha del emperador, su esposa la emperatriz debía trasladarse al palacio de Luxemburgo.

Entre tanto el gobierno francés ha declarado en estado de bloqueo los puertos del Austria, en el Adriático. En el Lago Mayor dos vapores austriacos han bombardeado á Canobio durante tres horas, que pudo defenderse. Según se asegura, todas las poblaciones inmediatas al Lago Mayor se preparan á la defensa.

Garibaldi continúa recorriendo los pueblos, engrosando sus filas con numerosos voluntarios, y animando á los más indiferentes ó menos valerosos con entusiastas proclamas. Hé aquí lo que ha dicho á los pueblos en una de sus recientes escursiones:

«Lombardos: Estais llamados á una nueva vida y debéis responder al llamamiento como lo hicieron vuestros padres en Ponsida y Legano. El enemigo es ahora el mismo de entonces: asesino, ladron implacable. Vuestros hermanos de todas las demás provincias han jurado vencer ó morir. A nosotros toca vengar los insultos, los ultrajes, la servidumbre de veinte generaciones pasadas; á nosotros toca dejar á nuestros hijos un patrimonio puro y sin tacha de la dominación del soldado extranjero.

«Victor Manuel, que la voluntad nacional ha escogido por nuestro jefe supremo, me envía en medio de vosotros para organizar batallas patrióticas. Esta misión me enorgullece no menos que el honor de mandaros.

«¡A las armas, pues, cese la esclavitud!
«El que pueda llevar las armas y no las coja, es un traidor.

«Italia, con sus hijos unidos y libres de la dominación extranjera, sabrá conquistar el rango que la Providencia le tiene asignado entre las naciones.»

El rey Victor Manuel ha confiado el mando de las tropas de Toscana al príncipe Napoleon. Este acto se hizo por medio de una orden del día leída á las tropas de Florencia, que se reunieron en la llanura de los Cascine. El *Monitor Toscano* la publicó inmediatamente. Dice así:

«Soldados toscanos: Al primer rumor de guerra nacional buscadéis un capitán que os conduzca al combate contra los enemigos de la Italia. He aceptado este mando porque es de mi deber poner orden y disciplina en todas las fuerzas de la nación. Ya no sois soldados de una provincia italiana, sino parte del ejército de Italia.

«Considerándoos dignos de combatir al lado de los bravos soldados de Francia, os pongo á las órdenes de mi querido yerno el príncipe Napoleon, á quien el Emperador de los franceses ha confiado importantes operaciones militares. Obedecedle como me obedeceriais á mí mismo. El participa de los pensamientos y afecciones que alimentamos yo y el generoso emperador, que ha venido á Italia para vengar la justicia y defender el derecho nacional. ¡Soldados! han llegado los días de las grandes pruebas. Cuento con vosotros: debéis mantener y aumentar el honor de las armas italianas.— Victor Manuel.»

El gobierno sardo ha resuelto agregar definitivamente á los Estados Sardos la provincia de Massa y de Carrara, habiendo enviado ya un representante para gobernarlos. Así comienza el engrandecimiento de la Cerdeña.

El haberse manifestado en favor de la política prusiana varios Estados de la confederación, dice un periódico, se había llegado á considerar como un síntoma favorable á la neutralidad que Francia necesita y Rusia desea. *La Patrie* principalmente había visto en este paso un golpe para el gabinete de Viena y naturalmente lo aceleraba; sin embargo, nada indica que los mencionados Estados se hallen dispuestos á cambiar de actitud, puesto que al asociarse á Prusia, lo han hecho reservándose su propia iniciativa en el caso de que aquella nación no responda á lo que de ella esperan, para cuyo efecto han subordinado el asunto á las explicaciones formales que dé el gobierno de Berlín. En fin, para convencerse de la importancia de la manifestación de que se trata, basta saber que Baviera fué el primer estado que la formuló, y que prescindiendo del carácter marcado de sus tendencias, bien conocidas hoy por cierto, trabaja por inclinar los demás Estados de la confederación á su política. Además, en Berlín se juzga el hecho en que nos ocupamos tan distintamente á lo que ha parecido en la capital de nuestro vecino imperio, que se cree envuelve un compromiso por parte de la Prusia, de garantizar al Austria sus posesiones de Italia. Así se comprende que el *Journal des Debats* diga juiciosamente que no se puede saber si al desvanecerse las dificultades que existían entre Prusia y sus confederados, sean estos los que han abdicado, ó aquella la que se aviene á sus exigencias.

Si creemos á la *Gaceta de los correos*, de Frankfurt, se hablaba de la formación de un ejército prusiano, pero en términos que no pueda ser considerado como una provocación. Otros periódicos nos dicen que el ejército prusiano se halla ya en pié de guerra, teniendo la artillería 36,000 caballos, tanto para las baterías como para los carros y tren. La caballería de línea cuenta con 24,000 caballos.

A continuación publicamos el manifiesto que ha publicado recientemente el nuevo rey de las Dos-Sicilias:

«Francisco II, etc. Por el desgraciado acontecimiento de la muerte de nuestro augusto y muy amado padre Fernando II, nos llama Dios á ocupar el trono de nuestros antepasados: adorando profundamente sus impenetrables juicios, nos entregamos á él con firmeza, é imploramos su misericordia, á fin de que nos conceda ayuda especial y constante asistencia para llevar á cabo los nuevos deberes que nos impone, tanto más graves y difíciles, cuanto que sucedemos á un monarca grande y piadoso, cuyas heroicas virtudes y méritos sublimes no serán nunca bastante bien celebrados.

«Ayudado con la protección del Todopoderoso, podremos conservar con toda firmeza el respeto debido á nuestra religión, la observancia de las leyes, la administración recta é imparcial de la justicia y la prosperidad del Estado, porque de este modo se asegura el bienestar de nuestros

dichosos súbditos, según las órdenes de la Providencia. Y queriendo que no sufra retardo la gestión de los asuntos públicos, hemos resuelto decretar que todas las autoridades del reino de las Dos-Sicilias continúen desempeñando sus respectivas funciones.—Caserta, mayo de 1859.— Firmado, Francisco II.»

Una correspondencia de san Petersburgo asegura que la misión encargada por el gabinete de Viena al conde de Karoly, ha fracasado completamente, despidiéndose del Czar persuadido de que Rusia se atenia á una política preconcebida, olvidando las tradiciones de la Santa Alianza. Según la misma correspondencia, el príncipe de Gortschakoff ha escrito á todos los agentes diplomáticos rusos en Alemania, para que manifiesten á sus gobiernos que la actitud de la confederación decidirá de la actitud del imperio moscovita. Esta noticia merece, sin embargo, verse confirmada de un modo oficial.

La Turquía continúa haciendo aprestos belicosos. Una carta de Constantinopla nos participa haberse dado orden al almirantazgo para que ponga á la mayor brevedad posible varios buques de guerra en el Adriático. Esta escuadra, al mando del vicealmirante Mustafá-Bajá, llevará infantería de marina á bordo, que es el nuevo cuerpo que acaba de organizarse.

Las noticias de la Persia no ofrecen interés notable. La saludable influencia de Ferrouk-Khan se sentía en las buenas relaciones que aquel país mantiene en la actualidad con Turquía.

Los documentos que se acaban de publicar acerca de la guerra de Oriente, prueban que ha costado á las potencias que tomaron parte en ella directamente, ó hicieron preparativos para mantener su neutralidad, siete mil millones de francos. Con esta suma, dice un periódico, se hubieran podido construir 6,000 leguas de ferro-carril, evitando el gran número de víctimas que ella ocasionó. El ejército francés, que fué proporcionalmente el menos perjudicado, tuvo 62,492 muertos.

El telégrafo submarino del mar Rojo está concluido hasta Suckin.

De Lisboa escriben diciendo que el proyecto de ley presentado á la Cámara electiva por el ministro de Hacienda, con el fin de autorizar al gobierno para hacer una emisión ilimitada de inscripciones, ha causado una vivísima sensación en la opinión pública; pero la índole de dicha medida no podía menos de infundir una gran desconfianza en situaciones normales, siendo de tal naturaleza el pánico que á la presente se ha apoderado en general, que no parece sino que ha sonado la trompeta del juicio final para los tenedores de acciones. En efecto, en un país que cuenta con tan pocos recursos como el Portugal; en un país donde el crédito es tan reducido, en el que el comercio es casi nulo, en el momento en que todos los fondos están en baja, y cada cual hace sus comentarios sobre el desenlace del sangriento drama que ha principiado en Montebello, ¿qué había de suceder?

Las últimas noticias de Filipinas nos comunican el triunfo alcanzado en Cochinchina por las tropas franco-españolas. La ciudad de Saigon ha caído en su poder, sufriendo los indígenas numerosas pérdidas. El botín que se ha cogido es inmenso, y los destrozos causados en los edificios, en los templos y pagodas de los cochinchinos, ha sido mayor de lo que debía esperarse.

A Nueva-York ha llegado últimamente M. Bovlin, enviado por el gobierno de Montevideo para arreglar las diferencias con el Paraguay.

Según el *Correo de los Estados-Unidos*, en Méjico, contra lo que se había dicho, ha permanecido el general Robles fiel al partido de Zuloaga, se ha apoderado de Jalapa y ha cortado las comunicaciones con Vera-Cruz. Se esperaba una batalla entre él y las fuerzas de Ampudia. Degollada se ha replegado sobre Tabaca después de la derrota de Méjico, y se prepara á intentar otro ataque. Explica su descalabro por la explosión de un almacén de pólvora, que le mató muchos artilleros.

En Pittsburgo ha tenido lugar un terrible siniestro. Diez steamers americanos han sido redu-

cidos á cenizas por un voraz incendio que comenzó á declararse á bordo de uno de ellos, llamado *Henry Graff*.

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Escaso es el número de noticias oficiales publicadas en la *Gaceta* de la última semana. El número del día 1.º de Junio contiene la real orden mandando sacar á pública subasta el arrendamiento del taller de palmas del presidio de la Coruña con sujeción á los pliegos de condiciones aprobadas el 6 del mes de mayo.

—De real orden han sido autorizados D. Abelardo Carlos y D. Guillermo Butler para que verifiquen en el término de seis meses los estudios de un ferro-carril que partiendo de la ciudad de Arcos termine en la de Jeréz de la Frontera.

—También se ha autorizado á D. Julian Garay y á D. Andrés Modrego para ejecutar en el término de veinte meses un canal de riego derivado del Ebro en los llanos de la cuesta de Fraga, provincia de Zaragoza.

—Por real decreto publicado en la *Gaceta* del día 2 de junio se ha autorizado al ministro de Fomento para contratar los trabajos urgentes en la carretera de Almansa á Valencia con objeto de protegerla de las invasiones de los ríos Júcar y Albaida.

—Se han canjeado las ratificaciones de tres artículos adicionales agregados al convenio de correos celebrado entre España y Prusia el día 12 de enero de 1852, tocante á una indemnización de 50 francos si una carta se perdiere, reclamándola en el término de seis meses, contados desde la entrega del certificado en la respectiva oficina del canje.

—En la sesión del Senado del día 28 de mayo se aprobó por 79 bolas blancas contra 8 negras el proyecto de ley sobre ferro-carriles movidos por fuerza animal.

—En la sesión del día 31 se aprobó sin debate el dictámen de la comisión sobre el proyecto de ley relativo al ferro-carril de Bilbao, y el de la comisión que entiende en las modificaciones introducidas en la ley de minas.

—En la misma sesión se puso á discusión el proyecto de ley sobre las obras de la Puerta del Sol. En vista de la oposición del Senado, el señor ministro de Fomento manifestó que el gobierno sometería á la Academia de San Fernando la construcción de otros planos más artísticos y casi de igual coste; en seguida se aprobaron sin debate los demás artículos de la ley.

—En la sesión del día 1.º de junio se aprobó la ley de tarifas de Madrid á Almansa y Alicante; el proyecto de anticipo de seis millones de reales á la empresa del canal de Urgel, el del ferro-carril de Lérida á Montblanch, y el de medición del territorio de las islas españolas.

—En la sesión del Congreso del mismo día fué aprobado el proyecto de ley del ferro-carril de Barcelona á Tarragona.

—En la sesión del día 3 del actual subió á la tribuna el señor presidente del Consejo de Ministros para leer el real decreto siguiente:

«En uso de la prerrogativa que me concede el artículo 26 de la Constitución, y de acuerdo con el parecer unánime del Consejo de Ministros, vengo en suspender las sesiones de Cortes.

»Dado en Aranjuez á 2 de junio de 1859.—Yo la reina.»

A consecuencia de este decreto el señor presidente declaró que quedaban suspensas las sesiones del Congreso.

—Con motivo del feliz nacimiento de su hijo, S. S. AA. RR. los duques de Montpensier han enviado á Sevilla sumas considerables para los niños que nacieron el mismo día que el infante, y han dado mil duros para varias obras de misericordia y mejoras de la población de Sanlúcar.

—El día 3 de junio se abrió al público la línea férrea de Sevilla á Córdoba.

—El día anterior tuvo lugar la inauguración del

ferro-carril de Guadalajara que fué presidida por el señor ministro de Fomento. El tren condujo á los convidados en ochenta minutos.

—El día 3 fué comunicada á los reos la sentencia formada contra Benito Fonseca y Martín, y Antonio García Prado, á consecuencia del robo y asesinato verificado en la calle del Duque de Alba, pidiendo que se les imponga la pena de muerte en garrote sobre un tablado, conduciéndolos al patíbulo con hoga negra, ejecutándose en el sitio que el señor juez determine y debiendo restituir los efectos robados ó su valor, y satisfacer las costas y gastos del juicio.

—En consecuencia de la inauguración del ferro-carril de Guadalajara se recibirá en Madrid la correspondencia de toda Europa cuatro horas antes que hasta ahora.

—Ha sido nombrado director de la escuela superior de pintura, escultura y grabado, el señor D. Juan de Rivera, en la vacante por defunción de D. José Madrazo.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Pocas novedades nos han dado los teatros durante la semana que acaba de pasar. En el de Jovellanos se ha puesto en escena un pasillo filosófico-práctico, titulado *El Último mono*, y escrito en verso sobre un proverbio de Alfonso Karr, por el distinguido autor dramático D. Narciso Serra. El éxito que ha obtenido esta nueva producción del celebrado autor de *D. Tomás*, es digno de su merecida reputación. En efecto, no puede tratarse con más gracia y ligereza un asunto, de cuyo tan profundo y filosófico, como el que sirve de base á esta composición. Hé aquí su argumento tal como lo refiere uno de nuestros colegas de la prensa:

«Sanchez, rico banquero, se lamenta de no tener un apellido ilustre, y acaricia la idea de casar á su hija con el hijo de un título. Preséntase el señor marqués haciendo ver al banquero la diferencia que va de uno á otro; é imponiéndole condiciones humillantes que rechaza Sanchez por ofensivas, se retira diciendo que la boda queda deshecha, y lamentando la confusión de clases que hay en la moderna sociedad.

»El desairado Sanchez ve que Lopez, que lleva en su casa el registro de los libros, quiere besar la mano á su hija en el jardín; y cuando el dependiente, cogido *in fraganti*, le dice que aspira á ser el esposo de la señorita, Sanchez se enfurece y le desprecia como el marqués le había despreciado á él.

»Quédase Lopez solo, criticando el orgullo humano, y al ver á Gregoria, linda jóven alcarreña que sirve en la casa, empieza á requebrarla para consolarse. Gregoria le dice que es una chica honrada, y le propone que se case con ella, á lo cual replica Lopez con altivez que ni por sueño, lamentando como Sanchez y el marqués, el orgullo desmedido de ciertas gentes.

»Colchon, licenciado del ejército y que se muere por la alcarreña, después de los requiebros de ordenanza, la pide su blanca mano en una escena chistosisima, obteniendo un *no* redondo.

»Preséntase el negrito de la casa, y al ver Colchon que le tutea, le vuelve la espalda diciendo:

*Estos hombres de betun.....
no distinguen de colores.*

»Llega por último un ciego, que como todos los sábados, viene á pedir una limosna, y el negrito le trata de mala manera porque le mancha la alfombra con los zapatos.

»Entonces el ciego, que viene guiado por un perrito, después de filosofar sobre el rigor con que el mundo trata á los desgraciados, concluye su filosófica peroración dando un puntillón al perro que le sirve de guía. El perro, pues, es aquí el último mono, idea sumamente ingeniosa, que pertenece al autor francés.»

Si añadimos á esto una versificación admirable por su facilidad y por su chispeante gracia, peculiar solo al Sr. Serra, no estrañaremos que este lindísimo juguete haya obtenido un éxito tan ruidoso como justificado. El público, que no cesó de aplaudir durante toda la representación, llamó al autor á la escena después que este hubo terminado, y le colmó de justos y merecidos aplausos. Justo es que también digamos, en honor á los actores, que todos los que en esta producción tomaron parte, contribuyeron á porfía á su buen éxito, participando al mismo tiempo del triunfo tanto los Sres. Salas, Caltañazor y Galvan, como la Srta. Zamacois, y los Sres. Arderius, Calve y Cubero.

Ejecutóse después, y en hora menguada por cierto, otra zarzuela, titulada *Las Cábalas de Basilio*, y decimos en hora menguada, porque fué silbada estrepitosamente. Descansen en paz.

También se ha estrenado últimamente en este afortunado coliseo la zarzuela en tres actos, titulada *El Cervecerero de Preston*, segunda traducción de *El Héroe por fuerza*. Aunque la música de esta zarzuela es buena, pasó casi desapercibida por la poca novedad del libreto. El público dejó pasar el primer acto, y solo aplaudió algunas situaciones cómicas del segundo, empezando á desfilar antes del tercero, á pesar de las *heroicidades* del Sr. Caltañazor y de la *bronquitis* del Sr. Cubero.

En el teatro del Príncipe se han estrenado dos piezas en un acto, arregladas á la escena española, y titulada la primera *De Fuera vendrá*, y la segunda *Juan el Tornero*: una del Sr. García Gonzalez, y la otra del Sr. Gargollo; ambas han sido aplaudidas, y en su respectiva ejecución se han distinguido la Sra. Valentini, y los señores Ossorio, Mario y Sunyé.

El coliseo del Circo ha puesto en escena la comedia titulada *La Segunda dama duende*, distinguiéndose en su desempeño la Matilde Diez y Romea.

Por último, el teatro francés ha vuelto á abrir sus puertas al público para dar dos funciones extraordinarias, *Les Viveurs de Paris* y *Bruno le Fileur*. En ambas producciones han recogido larga cosecha de aplausos los excelentes actores que forman la *troupe* de este lindo teatro.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Catalogus librorum Doctoris D. Joach. Gomez de la Cortina, March. de Morante, qui in cedi-bus suis exstant. Tomus V. Matriti, apud E. Aguado, MDCCCLIX (1).

Encabeza este voluminoso tomo, quinto de la estimable obra-catálogo del Sr. Morante, una bibliografía misiva de 51 páginas, bajo el epígrafe de *Introducción al estudio de la literatura universal, clásica y vulgar, antigua y moderna, escrita por el Dr. D. Agustín Echavarría, presbítero beneficiado de la ante-iglesia de Baracaldo, señorío de Vizcaya*.

Contiene este volumen, en la parte catálogo, las letras S, T y U, con 2,039 artículos, en 668 páginas de impresión. Mucho deseáramos poseer los suficientes conocimientos para poder presentarnos como dignos apreciadores de lo selecto de las obras reseñadas en esta parte, pues ni en ella ni en las anteriores nos ha sido dado hacer más que unas ligeras indicaciones, que tan solo contamos como preámbulo de un trabajo más completo y elevado, que reclama una pluma más experta y erudita que la nuestra. Téngase, pues, presente, que no hacemos sino dar el alerta, no juzgando directamente del mérito, si que solo presumiendo, que por una especie de intuición, hemos adivinado que la obra que nos atrevemos á juzgar, merece la atención del público ilustrado, y muy particularmente de los críticos publicistas.

(1) Véanse los números 13, 14, 15 y 16 de la LECTURA PARA TODOS.

Contándose con esta salvedad, y volviendo al exámen del tomo, notaremos solo algunos de los muchos y luminosos rasgos que le adornan. En él figuran: M. Ant. Sabélico, poeta neo-latino, ejemplar raro y apreciable, adquirido por 142 reales, y cuya reseña va acompañada de una diminuta noticia biográfica, no menos curiosa que extensa y oportuna; los diez libros de ejemplos del propio autor, volumen no menos raro que el anterior, adquirido al precio de 315 rs.; la *Historia del libro de los reyes*, en verso latino, por el P. Gillert Filholio, comprada por 355 rs., y encuadernada con primor en el siglo XVI; las obras del cardenal Sadoletto (Jacobo), á cuya reseña sigue una erudita biografía, que alcanza 14 páginas de mucha y agradable lectura; otra edición; también en 4 volúmenes, de la propia obra, que costó 320 rs.; una de las obras de Sagitario, con dedicatoria autógrafa del autor; una obra de Juan Sarisberi ó Salisbury, propiamente Juan Petit, y nota biográfica del mismo, con inserción de algunos de sus versos latinos; unas ciento veintidos ediciones de Salustio, la mayor parte latinas y muy apreciables, como la preciosa edición de 1470, *Proemio de la conjuración de Catilina*, adquirida por 1,015 rs. vn.; esta y la Yurgurina, edición de 1474, marcada con el precio de 750 rs.; otra de Venecia, de 1546, con muchos opúsculos referentes á Salustio y Catilina y su conjuración, avalorada en 124 rs.; otra edición de la Catilinaria, estereotipada, 1801, en París; pero muy rara por haber sido destruida casi toda, y así pagada al precio de 2,207 rs.; una edición de las obras de Sannazaro (Jacobo), anuncio seguido de una biografía de 36 páginas, con oportunas citas de versos latinos del autor; otra edición de obras del mismo, estimada en 378 rs. vn.; Sarpi, *Historia del Concilio Tridentino*, edición régia, con su primera encuadernación, de 1619, tomada por 500 rs.; varias ediciones del célebre Escaligero, á la indicación de una de las cuales acompaña una elegante noticia biográfica del mismo, y otra magnífica de Lóndres, de 1,598 rs., anunciada con breve reseña bibliográfica y tasada en 1,074 rs.; y otras muchas que no podemos reseñar por falta de espacio: con todo, no pueden menos de citarse las cuarenta y nueve ediciones de obras del sábio Scipio, con la biografía de este, ó sea Gaspar Schopp; los *Antiguos trágicos latinos*, por Scriverio de Leon de Francia, en 1620, tasada en 703; una del filósofo Séneca, incunable, adquirida por 476 rs. vn.; otra parisiense del propio autor, y siglo XVI, que valió 770 rs.; una obra y varios tratados compilados por Serveto, curioso volumen de los mas completos, y la erudita noticia á él referente (fué hallado en 735 rs.); y muchas mas de no menos mérito y coste, y acompañadas de curiosos comentarios y noticias biográficas y bibliográficas.

Setenta y siete ediciones de Tácito de las mas estimables y apreciadas; los 12 tomos de *El Boleto del bibliófilo*, publicados hasta el día por Téchener, en París y que han valido 1500 rs. vn.; 91 ediciones de Terencio, igualmente preciosas las mas; las 19 de Tibulo y otras riquezas por el estilo, atestiguan de la sostenida uniformidad que caracteriza la biblioteca del Sr. Morante, de la incansable asiduidad que ha empleado el erudito marqués en adquirir las obras que aquella contiene, y de la utilidad que envuelve un catálogo de este interesante género de propiedad.

Una segunda y voluminosa parte de este tomo V del catálogo, abraza dos obras notables: *La biografía* del maestro Francisco Sanchez de las Brozas, cognominado el *Brocense*, tan extensa como erudita, incluyendo gran número de trabajos poéticos, inéditos del *Brocense*, y que alcanza á la página 873; y un *Exámen crítico de la vida y obras de Angelo Policiano*, traducción del original latino, de Mr. Norberto Alejandro Bonafous.

Clásica puede llamarse esta biografía lata del célebre humanista, que descubre erudición, trabajo delicado é imparcial criterio, con citas textuales fragmentarias de los trabajos de Policiano, notas oportunas y noticias poco comunes. Termina esta biografía con nueve apéndices, que con-

tienen piezas y composiciones de dicho autor, poco conocidas é íntegramente reproducidas, entre las que figuran varias cartas notables é instructivas. Esta última parte hace llegar el tomo á la página 1,153.

Parece restan otros dos volúmenes para la terminación de esta interesante obra-catálogo del Sr. Morante, y á juzgar por lo adelantado de la serie alfabética, esperamos que abundante doctrina y erudición dé la última mano, que constituya el mayor realce de la enumeración y descripción bibliográficas.

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Une année dans le Sahel, par Eugene FROMENTIN. Un vol. in-18; Michel Lévy.

Ya conocen los lectores de las revistas bibliográficas el conjunto de cuadros, que reproducen con tan vivos y encantadores rasgos la vida y naturaleza africanas. A primera vista se trasluce que es una mano ejercitada en el pincel, la que ha dirigido tal pluma. Las escenas de los arrabales de Argel, las fiestas nacionales, el interior de las habitaciones turcas, han encontrado en Mr. Fromentin un observador simpático y curioso que traduce sus impresiones sobre el Sahel con tan encantadora viveza, como pintoresca exactitud. El episodio del Raoud, comunica en particular cierto interés narrativo en tan variados paisajes, que así se hacen cuadro de una acción interesante.

El año en el Sahel ocupará su puesto, así como el año en el Sahara, entre las producciones mas animadas y elocuentes, publicadas recientemente acerca del Africa.

Le Parlement et la Fronde. — La vie de Mathieu Molé, par Mr. de BARANTE. Un vol. in-8°; Didier.

El nombre Molé es el de una de las ilustres y nobles familias de la antigua magistratura, que tanto ha brillado en Francia, por el valor moral é intelectual de sus miembros, desde fines de la edad media, y que, por su firme y sostenida oposición al poder absoluto, han contribuido en alto grado á establecer en nuestro país las bases del régimen parlamentario. La familia Molé, que, así como los d'Aguesseau y los Lamignon, solo pertenecen á la historia, ocupa entre todos un lugar eminente. Mr. de Barante acaba de presentar sus principales títulos de gloria, ofreciendo al público no solo un conjunto de investigaciones biográficas, si que también un estudio histórico completo, acerca de las épocas de la liga y el partido de la *Fronde*. Termina la obra con una noticia interesante acerca del señor conde de Molé, que fué notoriamente uno de los mas celosos defensores, apoyo, acaso el mas inteligente, de la monarquía constitucional.

Lysis, histoire contemporaine, par Mr. Charles GOURAND. Un vol. in-8°; A. Durand.

El amilanamiento, la enfermedad moral, que se presenta al siguiente día de una revolución política de importancia, y una favorable reacción subsiguiente, determinada por la influencia del arte y de la filosofía espiritualista, ocurridos principalmente en uno de sus mas gloriosos dominios, Florencia; tal es el asunto de la actual historia, que con sobrada razón llama el autor *Derecho Contemporáneo*. Escusado fuera buscar en este trabajo incidentes y caracteres novelescos. Lo que anima y realza la obra es una noble tendencia hácia el ideal á que aspiran, tanto en política como en arte, algunos ingenios impresionables. Esta lucha es de todos los días; Mr. Gourand ha sabido reducirla á la unidad de una leyenda. También hace brillar en ella el interés permanente, de modo que el libro de Mr. Gou-

rand se hace acreedor á la recomendación como estudio filosófico, dominado por altas simpatías hácia lo bello y lo verdadero.

Insertamos á continuación con suma complacencia la invitación que el Rector de la universidad de Salamanca y su ilustre Claustro han hecho á los españoles para abrir una suscripción nacional, cuyo objeto es erigir un monumento á los restos de Fray Luis de Leon, una de nuestras glorias literarias.

No será, por cierto, LA LECTURA PARA TODOS, la que mire con indiferencia tan patriótica empresa, y pondrá de su parte cuanto á sus alcances esté, para que se dé toda la publicidad posible á pensamiento tan laudable y que honrará siempre á la Universidad de Salamanca de tan brillantes recuerdos.

Entusiastas nosotros también y deseosos de que nuestras ilustraciones literarias y científicas de otros siglos merezcan del actual esas manifestaciones cívicas que tanto honran al que es objeto de ellas, como al que las hace; invitamos igualmente por nuestra parte á los señores suscritores y demas lectores de nuestro SEMANARIO á que contribuyan todos á que se pueda llevar á cabo el pensamiento generoso del Sr. Rector de la universidad de Salamanca.

SUSCRICION NACIONAL.

La existencia del hombre no se limita á su breve mansión sobre la tierra; la fé cristiana revela, en armonía con la recta razón, una vida nueva para mas allá del sepulcro, en la cual encuentren justa recompensa ó castigo nuestras acciones del tiempo. Acá, en los ámbitos de esta vida mortal, queda el recuerdo de los hechos del que finó, lazo que le une con la gran familia de los vivientes, escitando en ellos la dulce esperanza de que sus huesos áridos han de ser reanimados algun día. A nadie falta un padre, un hijo, un hermano, un pariente ó amigo que le consagre un recuerdo lúgubre, que derrame una lágrima sobre su tumba; pero si el que cierra sus ojos á la luz de este mundo, se ha distinguido por la heroicidad de sus hechos, por la nobleza de sus sentimientos ó por su saber profundo y acrisoladas virtudes, la grata memoria de un hombre tal no se encierra en el recinto de su familia, se estiende como la fama de sus hazañas ó como la celebridad de sus escritos por mas dilatados espacios, y la posteridad le concede fácilmente, y hasta con entusiasmo, los honores de un nombre inmortal. Deseosa la antigüedad pagana de preservar de las injurias del tiempo las inclitas acciones de sus héroes, recogía esmeradamente sus despojos para levantar sobre ellos mausoleos, estatuas y pirámides de piedra ó bronce que los recordasen en los siglos venideros. La razón de los pueblos modernos, que ilustrada por el cristianismo, no reprueba en el fondo esta conducta, aplaude y recomienda la erección de un monumento fúnebre que perpetúe la memoria del varón esclarecido, que empleó sus talentos en aclarar la verdad religiosa y social, que consagró los armoniosos acentos de su lira á las alabanzas del Dios verdadero, y que, aun provocado por la injusticia, dominó la ira con corazón magnánimo, venciendo á sí mismo, que es la mayor de las victorias.

Vivia en Salamanca á mediados del siglo XVI un religioso agustino, tan ínfimo y humilde en la estimación de sí propio, como elevado y sobresaliente en el concepto de los demás. Habiale concedido el cielo un entendimiento claro y profundísimo, una imaginación rica y fecunda, una sensibilidad exquisita, una voluntad enérgica y una incansable laboriosidad. Con tan eminentes dotes logró penetrar los mas escondidos arcanos de la ciencia sagrada; discurrió feliz por el anchuroso campo de la literatura oriental, hebrea y griega, y por el no menos estenso de la latina, italiana y patria; robó á la naturaleza sus gracias, al corazón humano sus afectos, y al arte de escribir su perfección. Parecía este hombre destinado por la Providencia para trasladar al idioma



TOMA DEL PUEBLO DE MONTEBELLO POR EL GENERAL FOREY.

español las sublimes armonías del mundo intelectual y divino, para pintar con inimitables rasgos la belleza celestial de la virtud. El intérprete con singular acierto varios libros de la Escritura Santa, explicó sus sentidos misteriosos, desenvolvió su profunda y sobrenatural filosofía; él ofreció al mundo católico bajo una nueva faz una materia grave y delicada, la admirable economía de la Encarnación; él examinó en el terreno de la religión y de la ciencia la institución más importante del orden social, el matrimonio, y él elevó la poesía sagrada á una altura, más arriba de la cual se hallan solo en la tierra los Salmos de David, y estarán en el cielo los Cánticos de los Angeles. La lengua castellana, cuyos encantos encontró como nadie, se presenta en sus escritos de verso y prosa con esa majestad y grandeza propias de la lengua destinada, entre todas, para hablar con la divinidad, con esa dicción tersa correcta y musical, que hace el embeleso de cuantos se dedican á la lectura y estudio de sus obras.

Estos ligeros rasgos, estas breves indicaciones describen y revelan á aquel insigne catedrático de la Universidad de Salamanca, que declarado inocente después de cinco años de una prisión rigurosa en cárcel dura, reservó solo para sus émulos una palabra de olvido, reanudando sus interrumpidas esplicaciones con aquel original exordio: «Dicebamus heri.» ¡Tan grande era el alma del sapientísimo maestro **Fray Luis de Leon!**

Sus restos mortales, exhumados hace tres años de entre las ruinas y escombros de su convento, depositados hoy en la capilla de su Universidad en una urna provisional modesta en demasía, reclaman con derecho un monumento digno donde ser colocados, que recuerde siempre, si no por la riqueza y profusión de la obra, por el gusto y maestría de su construcción, el saber y virtudes de un varón tan ilustre, dechado el más perfecto para las generaciones futuras.

Movidos por estas consideraciones el Rector y Claustro de la universidad de Salamanca, autorizados por real orden de 20 de julio último, abren una suscripción nacional para erigir á un hijo tan eminente de esta escuela el monumento público que apruebe como mejor la Academia Nacional de San Fernando.

El Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis, en unión de la Universidad, representada por los Sres. Rector y Vice-Rector, el Sr. Gobernador de la provincia por sí y en nombre de la Excm. Diputación provincial, y el M. Ilre. Ayuntamiento de esta capital, que representa el señor Alcalde, su presidente, se dirigen á todos los españoles amantes de su patria, abrigando la confianza de que su celo porque se engrandezcan y eternicen las glorias de la nación, les estimulará á coadyuvar á la realización de tan noble empresa, contribuyendo con la cantidad que fuere de su agrado. El mayor número de suscripciones, aun cuando sea por pequeñas sumas, redundará en honra mayor también del virtuoso sábio á quien se consagran.

Salamanca 26 de abril de 1859.—El Rector, *Tomás Belestá*.—El Vice-Rector, *Estéban María Ortiz Gallardo*.—Anastasio, obispo de Salamanca.—El Gobernador de la provincia, *Gregorio Pesquera*.—El Alcalde constitucional, *Marqués de Villa-Alcazar*.

ADVERTENCIAS.

1.^a Son puntos de suscripción: El Banco de España, sucursales y comisiones del mismo en las provincias. Todas las Administraciones de periódicos que acepten el encargo; los Rectorados y Direcciones de institutos; los señores Arciprestes y Curas Párrocos, siempre que no tengan inconveniente, para lo cual se oficiará á los preladados.

2.^a Darán publicidad, desde luego, á los nombres de los suscritores los periódicos que gusten y los Boletines oficiales de provincias y diócesis: para esto se oficiará á los Sres. Obispos y Gobernadores.

3.^a Erigido el monumento que se intenta (frente á la fachada principal de la Universidad, en la plazuela que media entre las llamadas Escuelas mayores y Escuelas menores), se publicará una memoria relativa á todo este asunto, con la lista de los suscritores, que no lo rehusen, y expresión de la cantidad por que cada uno lo sea.

Por todo lo no firmado, *Cárlos Bailly-Bailliere*,
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *El Rey de las tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 385.—*El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 390.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 393.—*Historia de la guerra de la independencia italiana*, pág. 394.—*Sección científica*, pág. 395.—*Crónica extranjera*, pág. 397.—*Crónica española*, pág. 398.—*Revista de teatros*, pág. 398.—*Bibliografía española*, pág. 398.—*Bibliografía extranjera*, pág. 399.—*Suscripción nacional para erigir un monumento á Fr. Luis de Leon*, p. 399.

Advertencia importante. — La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.